

UNA GRAN PELICULA
UNA GRAN NOVELA.

2

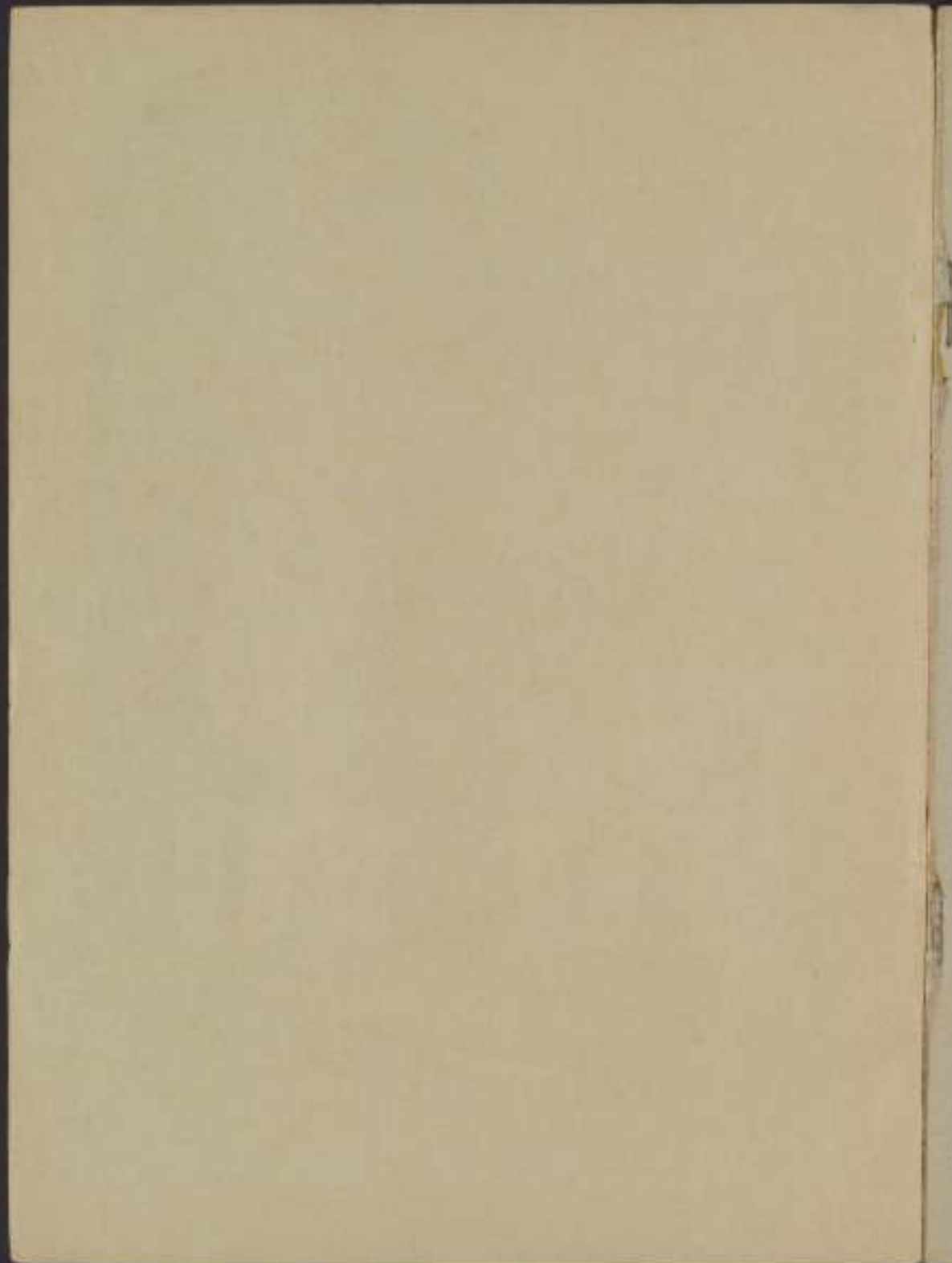


TU L YO



IRENE DUNNE • CHARLES BOYER

2'50
PTAS



TU Y YO



NARRACIÓN NOVELADA
de la
PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA



INTERPRETADA

por

IRENE DUNNE y CHARLES BOYER
María Ouspenskaya, Astrid Allwynn
y Lee Bowman

DIRECIDA

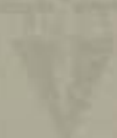
por

LEO McCAREY

UNA GRAN NOVELA
UNA GRAN PELICULA
UNA GRAN ESTRELLA
UNA GRAN TRUQUELISTA

UT Y YO

S. R. O.
DINAS



CAPÍTULO I

Un encuentro de consecuencias inesperadas

Ya se habían borrado en el horizonte las parpadeantes luces de la costa napolitana; la grata brisa marina hacía revolotear los lujosos trajes de noche de los pasajeros de primera clase que, formando grupos en los puentes, aguardaban a que sonara la hora de la primera cena de a bordo.

Contrastando con la serenidad de la noche en alta mar, las emisoras radiofónicas de tres naciones esparcían la noticia de que el célebre deportista y "tenorio" Miguel Marnay, navegaba en el "Nápoles" con rumbo a los Estados Unidos para reunirse con la rica heredera Luisa Clark. Aquella vez no había engaño y el matrimonio era seguro. Y las tres emisoras radiofónicas coincidían en felicitar al sexo masculino por tal circunstancia, dando su más sentido pésame al femenino.

Tal vez Miguel Marnay había deseado guardar el incógnito, como aseguraban los locutores, pero, ciertamente, su ilusión pronto se vio frustrada. Un botones, voceando su nombre por los pasillos, se encargó de ello. E, inmediatamente, la cu-

riosidad de los pasajeros vióse encendida.

Miguel Marnay descendió lentamente en dirección del bar y al oír pronunciar su nombre hizo una seña al muchacho y cogió el telegrama. Cuatro jóvenes le rodearon entusiasmadas y le tendieron unos álbumes, suplicando:

—¡Oh, señor Marnay!, ¿me pondrá un autógrafo en esta fotografía, por favor? Escriba usted algo que podamos recordar siempre.

Las contempló sin decir una palabra. Las amigas de la que había hablado en primer lugar unieron sus ruegos a los de ella. Marnay, sin quitarse el cigarrillo de la boca, aceptó el papel y la pluma y escribió en silencio unas líneas. Luego, con una corta reverencia, ascendió a la cubierta superior. Las jóvenes dirigieron encantadas sus ojos al papel.

—Está en francés.

—¿Verdad que es maravilloso? Me gustaría saber qué significa.

—Son ustedes muy lindas —trajo una de ellas—... pero están muy mal educadas.

Miguel Marnay buscó un rincón en el que pudiera leer sin estorbos el radiograma. Se había levantado un viento bastante fuerte que encespaba las olas y para escudarse de él y en busca de luz se acercó a una ventanilla. Rasgó el telegrama y no había tenido tiempo de posar sus ojos en él, cuando una ráfaga de aire más violenta se lo arrebató de las manos, haciéndolo atravesar la escotilla.

El rostro de Miguel casi chocó contra el de una desconocida situado al otro lado del tabique. Ambos se apartaron al mismo tiempo, pero no sin que antes Marnay advirtiera que la misiva estaba en su poder. Así es que cortó un instintivo retroceso y su cabeza tornó a ser enmarcada por el redondo ojo de buey. La desconocida era hermosa y elegante; sin embargo, todo esto carecía de valor ante la grosería que estaba cometiendo...

—Pardon, madame... Je crois que vous lisez mon telegramme.

La desconocida arqueó las cejas e hizo una mueca de extrañeza:

—Perdón, no comprendo.

—He dicho que me parece que está usted leyendo mi telegrama.

La joven empezó a ofrecérselo, más contuvo su ademán. Sonrió deliciosamente, mientras sus ojos brillaban con aire burlón y ladino.

—Un momento. Muy bien... Pe-

ro yo no sé si es suyo. ¿Puede usted identificarme?

Marnay sintió impaciencia y asombro al unísono. ¡Aquellos americanos eran incomprensibles...! Se encogió de hombros y suspiró:

—Pues... Miguel Marnay.

—¿Con que el famoso Miguel Marnay? —repitió. Miguel afirmó con la cabeza—. Bien... yo soy muy caprichosa. ¿Quiere traducirme el texto?

Por vez primera en su vida Miguel estaba a punto de perder su sangre fría ante una mujer. Hizo un esfuerzo para dominar su irritación, que le invitaba a alejarse de la enigmática intrusa. No obstante, a todas estas sensaciones se impuso cierta timidez mezclada a una perplejidad creciente. Sin saber por qué, balbuceó:

—Pues dice... "Pensando en una bella y cálida noche de tormenta en el lago Como y en ti".

La risa creció en los chispeantes ojos.

—"En ti" —repitió—. ¿Es en usted?

Sacudió Miguel afirmativamente la cabeza. Su boca se contrajo característicamente.

—(Sería delicioso! —comentó la desconocida, recibiendo en pago un gruñido que en vano trataba de ser cortés—. Y bonito, ¿eh?

¿A santo de qué estaba respondiendo a las preguntas de una mu-

chacha que ni le interesaba ni sabía quién era? Pronto tuvo que confesarse que si se había despertado su curiosidad y esto en él era peligroso. La curiosidad respecto a una persona del sexo femenino terminaba por lo general con la ruptura de un compromiso y el inicio de otro. Y no quería de ninguna manera volver a las andadas. Por primera vez en su vida sería tan fiel y sensato como el más sesudo representante de la Academia de las Ciencias Morales. Alargó su mano para rescatar el telegrama.

—Gracias—dijo al recuperarlo.

El hermoso rostro de la joven desapareció de la ventanilla. Miguel Marnay sintió una contrariedad inexplicable. Más no tuvo tiempo para indagar a qué se debía, pues volvió a oírse la voz de la desconocida:

—¿Cree usted que eso se pondrá tan de moda como el fútbol?

Y desapareció definitivamente. Miguel se dijo que aquellas palabras sibilinas merecían una aclaración y buscó precipitadamente la entrada de la galería desde la que la joven le hablara. Tardó algo en dar con ella y, cuando la recorrió, no había nadie. Desolado, extrañamente desolado, regresó a cubierta. Encendió un nuevo cigarrillo y se puso a pasearse con las manos metidas en el bolsillo. ¿Qué le acontecía? Indudablemente era juguete

del destino. Siempre le ocurrían aquellas cosas. Todos sus proyectos más cuidadosamente planeados se veían asolados por una voz deliciosa y unos ojos picarescos. Un "firt" en el barco era cosa obligada para combatir el aburrimiento, aunque, pensándolo bien, era mejor no intentar nada. Sabía que todo el mundo registraba la menor de sus acciones y que al primer acto sobresaliente que efectuase los periódicos se encargarían de publicarlo y... Se detuvo mirando sin ver el suelo...

—¿Qué le pasa? ¿Lo ha perdido otra vez?

Miguel volvió la cabeza y una de sus sonrisas iluminó su semblante. La desconocida, disponiéndose sin duda a ir al comedor, le había dirigido tales palabras al pasar por su lado. Miguel corrió tras ella.

—Señora... estoy en un aprieto, en un aprieto terrible.

Su exordio, como temía, no conmovió a la joven, pero sí tuvo poder para detenerla. Escudriñó su aspecto cómicamente desalentado y sin un átomo de piedad en la voz afirmó:

—No es extraño, si se tiene en cuenta lo del lago Como. ¡Pobrecito!

—No; quisiera hablar con alguien.

—Pues entonces se ha equivocado —dijo la joven, arrebujándose en su capa—. Yo hablo por los co-

dos. He intentado corregirme, pero...

—En su cara hay franqueza—le interrumpió Miguel.

—¿De veras?

Miguel dió los pasos necesarios para hablar junto a su oído. Lanzó una mirada circular y musitó:

—Puedo confiar en usted, ¿verdad?

—Sí; creo que sí.

—Venga conmigo—ordenó más que suplicó Miguel, asiéndola del brazo y guiándola hacia el interior de la nave.

La joven protestó, aunque, como advirtió su interlocutor con alegría, no trató de escaparse de su mano:

—Pero, escuche. El capitán también tiene franqueza en su cara y el sobrecargo... creo que tiene más franqueza aún.

Miguel tenía que vengar su anterior derrota. Había trazado rápidamente un plan de acción. La conducta de la muchacha le había cogido de sorpresa, más aquello no sucedería de nuevo. El corazón femenino no resiste a los hombres audaces; por consiguiente, al atrevimiento pasado él opondría uno que le dejaría tamañito. Recorrieron el alfombrado pasillo hasta llegar a las puertas de los camarotes de primera. Allí libertó el brazo de su reciente amistad y en el tono más íntimo que pudo simular, preguntó:

—¿Quiere que... vayamos a su camarote o al mío?

—Al mío—replicó rápidamente la desconocida.

—Es que el mío está más cerca...

—El mío está aquí.

Al decir estas palabras apoyó su fina mano en el pomo de la puerta situada frente a ellos. Miguel exhaló una exclamación, que pudiera achacarse a la coincidencia, pero que, en realidad, se debía al asombro producido por la serenidad de su compañera. Esta abrió de par en par la puerta y ambos penetraron en el lujoso camarote. Las paredes acolchadas de raso azul celeste y rosa reflejaban amortiguada la luz de las ricas lámparas. Miguel vaciló a los pocos pasos y arqueó las cejas. Le parecía haber hallado a una contrincante digna de su categoría.

—No crea que tenga miedo —explicó volublemente la joven, dirigiéndose hacia un diván—. Es que mi madre me dijo que no entrara nunca en la habitación de un hombre los meses que acabaran en "E".

Miguel tomó asiento en un amplio sillón situado frente a la joven. El rostro de ésta era aún más bello de lo que le había parecido en cubierta.

—Su madre debe ser una mujer muy bella... —comentó—. ¿Cómo se llama usted?

—Terry MacKay... Terry Mac

Kay y le advierto que viajo sola. No será eso, por casualidad, lo que le preocupa a usted tanto, ¿verdad?

—Sí—afirmó con franqueza Miguel. Cada minuto que pasaba le permitía comprobar la desconcertante franqueza de la joven y le mantenía en suspenso, haciéndole pensar, pese a ser poco halagüeña la comparación, en un polvorín presa de un voraz incendio y en el que no se sabe por dónde empezarán las explosiones.

—¡Oh! ¡Oh, esto es magnífico! —aseguró Miguel, levantándose de su asiento y recorriendo el departamento, mientras su pareja le estudiaba.

—Supuse que le gustaría.

El joven se detuvo ante una puerta y muy excitado empezó a decir:

—Me ha salvado usted la vida. Me estaba muriendo de aburrimiento. Desde que salimos no había visto en el barco ni una sola chica atractiva —dijo apresuradamente estas frases y sin saber la razón tuvo la impresión de que estaba pisando un terreno falso y que la muchacha se reía de él, tras la máscara de seriedad que cubría su rostro—. ¿Se imagina usted lo que son nueve días así? Es terrible... Eso no es para mí. La vida debe ser alegre. Debe de ser bella y debe bullir como el champán. Tuve miedo... Al principio me dije: "¿Pero es que las mujeres bonitas ya no viajan?". Es

evidente que no... Entonces la vi a usted y me sentí aliviado. Ya no pienso morirme de aburrimiento. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias—rechazó la joven.

Miguel tornó a sentarse y encendió su cigarrillo. La muchacha esbozó un ademán de saludo rendido y antes de que Miguel pudiera continuar, exclamó:

—Se ve que tiene usted bien estudiada esta clase de arengas. ¿Quiere usted que demuestre sorpresa?

Miguel no se desconcertó por este exabrupto. Exhaló el humo del cigarrillo antes de contestar con apacibilidad:

—El que a usted le sorprendiese me sorprendería a mí.

—Es una contestación muy irónica —repuso Terry, aprobándole con la mirada—. Si yo quisiera también podría hablarle en ese tono.

—Ya me figuro que podría—afirmó cortemente Miguel, acodándose en sus rodillas.

—Estoy segura.

—No lo he puesto en duda—repitió Miguel, comprendiendo que estaba ganando terreno.

—Se lo demostraré. ¿Cómo está su novia?

Miguel inclinó la cabeza agradeciendo su interés. A pesar de haber entrado en un terreno, en el de la ironía, en el que podía estar seguro

de sus armas, estaba sobre aviso; se confesaba que jamás había encontrado una personalidad tan acusada como la de Terry. De lo cual se felicitaba, porque ante su independencia se sentía más enardecido en la conquista. Ya estaba harto de la continua admiración de las mujeres que, atraídas por su fama, se amoldaban a todos sus caprichos. Sin embargo, no creía que la indiferencia de su interlocutora fuera tan real como aparentaba.

—Algo acatarrada—dijo, mintiendo, pues harto sabía el inmejorable estado de salud de Luisa Clark.

—¡Oh, es una pena! —se lamentó Terry—. ¿Se acatarró en el lago Como?

—No... ella no estuvo allí.

—Entonces debo creer que la joven del lago...

—Era su mejor amiga—concluyó Miguel, sin dar importancia a su aclaración.

Esta noticia turbó a Terry. Lanzó una exclamación que delataba su perplejidad y sin querer se le escapó una frase vulgar:

—¡Qué buenas amigas...!

—Sí.

Terry estaba molesta. Empezaba a notar que el raro encanto de Miguel se apoderaba de ella. No era lo que se llama un hombre guapo y menos se podía afirmar que era un hombre elegante, en el sentido

de llevar bien y con soltura su elegante traje. Era algo indefinible, que tal vez se debiera a su infantil gracia. Eso era. Miguel Marnay le recordaba a un chiquillo mimado por todo el mundo y cuyos caprichos eran leyes. No tenía el aire infatuado de un Don Juan célebre. Sus ojos sabían mirar rectamente, sin acudir a las consabidas artimañas de miradas de soslayo y otras cosas por el estilo. Con todo y a pesar de su aparente ingenuidad y de la inutilidad de su existencia, se adivinaba en él un fondo de ricas posibilidades. Despertarlas sería una honra para una mujer y estuvo tentada de probar la hazaña.

Meditando sobre esto, Terry no se percató de que ya hacía bastante rato que no habían cambiado unas palabras. Miguel la contemplaba fijamente y adivinaba la causa de sus pensamientos. El silencio se le antojó insostenible y se puso a charlar:

—Este barco navega a una velocidad terrible —una sonrisa floreció en la boca de Terry—. Sólo faltan ocho días y medio para llegar. ¿Existe alguna razón por la cual no podamos ser como... el champán?

La esbelta mano de Terry indicó una fotografía colocada en un lugar muy visible en unos anaqueles de cristal. Miró Miguel en la dirección marcada por la joven.

—¿Es esa la fotografía de su novio? —apartó casi inmediatamente sus ojos de ella y continuó diciendo—. Gracioso, ¿eh? ¿Le quiere? ¿En dónde está ahora?

—Pues ha ido a ver a sus padres. Alguna que otra vez me envía a hacer un viaje de compras. Además, también es mi jefe.

—¿Y usted cree que su jefe no aprobaría lo del champán?

Ambos jóvenes profirieron su negativa al mismo tiempo. Se echaron a reír al unísono, aunque la risa de Miguel sonara a falso. Se puso en pie, siendo imitado por Terry.

—Bien. El amor entre ustedes dos debe ser algo muy romántico, algo muy bello. Lo celebro. Debe ser un hombre de gran atractivo.

—Puede usted muy bien imaginar cuál será su atractivo, viéndome con fuerzas suficientes para resistir a un hombre como usted.

La pulla no conmovió a Miguel. Sabía perder y tenía la sensación de estar mancillando algo que debía ser respetado. Claro está que esto se debía a la resistencia opuesta por Terry a sus galanteos, que estaba

obligando a relacionar con su amor al fotografiado.

—Creo que mejor será que me vaya —anunció, encaminándose hacia la puerta, sin que Terry se opusiera—. Después de todo, queda el consuelo del tenis, del disco y del bonito juego del ping-pong.

—Parece que se va un poco defraudado —comentó la joven, enorgullecida por su expresión.

—¡Oh, sí, sí, un poco! Así es que si no le molesta —dijo abriendo la puerta—, creo que debo ir a pasear yo solo a no ser que por casualidad quisiera usted...

—¿Comer con usted?—preguntó Terry inesperadamente.

Miguel farfulló unas palabras sin saber lo que decía. Terry tenía la virtud de desconcertarle. Así, en aquel mismo instante, se estaba riendo de su turbación.

—Eso me encantaría.

Poco más tarde estaban en el comedor y encargaban al camarero que reservara la misma mesa para todas las noches. Mientras Miguel hablaba o escuchaba sucesivamente, no podía desterrar de su ánimo la impresión de que Terry le había baido en toda regla.

CAPITULO II

Idilio en alta mar

No se había equivocado Miguel en sus apreciaciones. Mucho le costaría a Terry desprenderse del recuerdo de la noche anterior, pasada en franca camaradería. Ambos, en verdad, eran unos solitarios en el alto sentido de la palabra, aun cuando su continuo contacto con la sociedad pareciera indicar lo contrario. Y los términos en que se separaron la pasada noche al perder su carácter de coqueteo por las confidencias cambiadas, permitían augurar algo más que una simple relación entre dos pasajeros ahurridos.

Pronto los pasajeros de primera tuvieron en qué aguzar su maledicencia y su curiosidad. No habían pasado por alto el entusiasmo de la pareja y mucho menos la circunstancia de encontrarlos reunidos en el puente tomando el sol y charlando sin cesar.

Si Terry no había tenido ni arte ni parte en este encuentro, no se podía asegurar lo mismo en cuanto a Miguel. Terry, al despertarse a la mañana siguiente y al recapacitar

sobre los hechos ya conocidos, tuvo que reprocharse su comportamiento. Kenneth Bradley, su prometido era la causa principal de sus reproches. La idea de que estaba aguardándola impacientemente en Nueva York, mientras ella se relacionaba con un hombre como Miguel, famoso por sus aventuras amorosas, le cohibía. Ciertamente no era el amor lo que la acusaba, sino el agradecimiento. Kenneth la había rescatado de un café cantante, en donde se ganaba la vida, para hacerla su esposa y cambiar radicalmente su destino, ofreciéndole un hogar y una posición que, pensando en la noche anterior, estaba muy lejos de merecer.

Preocupada por estos pensamientos, salió al puente, en busca de serenidad y del apoyo que presta el sol a los seres cuya conciencia está turbada. Se apoyó en un rincón, algo apartado de las hamacas de los viajeros, formado por un ángulo de la borda. Aspiró con fruición el aire cargado de sales marinas, que jugueteaba con su cabellera. Su re-

cogimiento no fué muy prolongado; pasados unos minutos contemplando las olas, oyó a sus espaldas unas pisadas masculinas que hacían resonar el puente. Sin necesidad de volver la cabeza adivinó que era Miguel. E inmediatamente dió al olvido todas sus preocupaciones.

Reanudaron, como si hiciera unos instantes que se hubieran interrumpido, su conversación y los minutos pasaron leves y rápidos, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de que el puente se iba poblando de gente. Un botones se encargó de volverles al mundo de los hechos, cortando la perorata de Terry.

—Signore Marnay—saludó, tendiéndole un telegrama.

—Otro —se burló Terry, pero el rubor cubrió sus mejillas al ser interpellada por el chiquillo:

—¿Su nombre, por favor?

—MacKay —dijo, y un telegrama pasó a sus manos— ¡Oh!

Los dos jóvenes leyeron en silencio el contenido de los mismos y con la misma taciturnidad arrugaron los papeles y los arrojaron al mar. Contemplaron cómo se hundían en las ondas y permanecieron mudos unos momentos. El pensamiento que ambos tenían en la mente no debía ser muy grato, pues Terry acogió con alivio la pregunta que Marnay le hizo, sacudiendo sus hombros como para librarse de un mal sueño:

—¿De qué hablábamos? —frun-

ció las cejas recordando— ¡Ah, sí! Le había preguntado el nombre del extraño lugar de su nacimiento.

—Kansas.

—¿Y se marchó de allí?

Se acodaron nuevamente en la barandilla. Sus hombros rozaban uno con otro. Terry recobró su alegría y exclamó muy animada:

—Verá... me fui a Nueva York en un cabaret, desde las diez de la noche hasta las tres de la madrugada. Después, mi director solía hacerme el amor hasta las cuatro, hora en que me iba a casa. Una noche me dijo...

—¡Ah, ya! —exclamó Miguel, como si aquel período de su relato fuera inevitable.

—Que yo no debía estar en un lugar como aquél —prosiguió Terry, sin hacer caso de su interrupción—. Añadió que era... ¿eh?

—Yo no he dicho nada.

—Pues... dijo que podía...

—Que podía y debía mejorar— exclamó impaciente y molesto Miguel.

—Sí... Y empecé a estudiar...

Miguel se apartó de Terry y disfracó su contrariedad con una sonora burlona:

—Y llegar a ser algún día una amante y fiel esposa —aseguró. ¡Qué sorprendente era la amargura que le turbaba. ¡Jamás la había descubierto en sí. ¿Por qué notaba aquel arrebató de celos si Terry no

tenía nada que ver con él? ¿Se estaría enamorando? ¡Tonterías!

—Era mi deseo... —aclaró la joven—. ¿Ve algo de malo en ello? Pues eso fué lo que yo creí, pero nada, no pasó nada. Bien, hasta la fecha esa es mi historia. Mi vida es un libro abierto.

Miguel había recobrado ya su sangre fría. Se aproximó de nuevo a ella y afirmó tranquilamente:

—Esa es sólo una página.

Los ojos de Terry buscaron los suyos. La faz de la joven estaba muy grave al decir con resolución:

—Esa es la única página.

La frase siguiente de Miguel se vió cortada por la inesperada aparición de un pasajero vestido de marino que, llevando una máquina fotográfica en las manos, se inclinó ante ellos:

—Me hacen el favor un momento —antes de que pudieran reaccionar, funcionó el disparador—. Eso es. Muchas gracias.

Miguel, acostumbrado a escenas semejantes, le dejó obrar con entera libertad, aceptando la molestia con placidez. No fué así lo que sucedió con Terry, que no deseaba que su prometido conociera por la prensa sus relaciones con Miguel, conociendo la malicia con que acostumbraba a tratar tales temas. Se encaró, apurada, con su amigo y dijo:

—¿No ha visto?—dió unos pa-

sos tras del hombre, llamándole—. ¡Eh!

—¡Oh!—balbuceó el joven comprendiendo su apuro, e inmediatamente se dispuso a auxiliarla.

Llegó junto al fotógrafo, acompañado de Terry, y tomó la máquina de sus manos levántandola admirativamente:

—Es magnífica su máquina.

—¡Ah, sí!—repuso halagado el hombre.

—Sus fotografías también lo serán —corroboró Miguel, y antes de que el fotógrafo pudiera evitarlo, tiró del chasis, le devolvió la máquina, con lo que el intruso vió embarazado sus movimientos. A continuación dió el chasis a Terry.

—¡Oh, no, por favor, caballero!—suplicó.

—¡Oh!—profrinó Terry, como reprochándose de su torpeza. La placa y su estuche parecieron volar de la mano de la joven, abismándose en las olas.

El fotógrafo les lanzó una iracunda mirada que no predecía nada bueno y se alejó mascullando imprecaciones. Miguel y Terry regresaron a su anterior lugar. Terry estaba muy mal impresionada por la escena descrita y Miguel comprendió que su amistad estaba a punto de ser truncada. Pero él no podía resistir la voluntad de la joven por más que quisiera y, por lo tanto, es-

peró, anhelante, las próximas palabras de su amiga.

—A ninguno de los dos le conviene que nos vean juntos —dijo, acallando la protesta que iba a brotar de la boca de Miguel—. Ya sabe que la gente le gusta hablar. Despidámonos.

Su interlocutor miró la pequeña mano ofrecida y de ella pasó a contemplar el rostro de Terry. Este estaba grave y sus ojos chispeaban de determinación. Se esforzó en vano en hacer desaparecer sus aprensiones y su alegre acento no encontró eco en la joven.

—¿Qué le pasa? ¿Tiene miedo?

—¿De usted? No.

—Bueno, después de todo, viajamos en el mismo barco. Aún nos quedan ocho días...

—Durante los cuales puede tomar el sol y airearse—contestó la joven sin ceder a su muda súplica.

—¿Y si la veo llorar?

—No... no lo creo.

Su tenacidad desarmó a Miguel. Echó los hombros hacia atrás y se aprestó a apartarse de su lado.

—Ya entiendo... —exclamó con una nota despreciativa en su voz—. Lo que usted no quiere es que la vean conmigo.

—Eso es —corroboró Terry, sin hacer caso de su reto—. Si me ven con usted habrá comentarios y yo no quiero ver mi fotografía en los

periódicos. Bien... creo mejor... despedirnos...

Aquella misma noche, Miguel, pudo cerciorarse de que Terry era una observadora más perspicaz que él mismo. Claro está que él ya estaba habituado a semejantes molestias, pero una vez hubo reparado en que no podía dar un solo paso sin que fuese espiado, su dignidad se sintió espoleada y alejó de su mente el pensamiento de volver a estar con Terry. ¡Qué más daba! Al fin y al cabo, dentro de una semana se apartarían para siempre; no valía la pena, por tanto, de soportar más molestias.

Se encaminó al bar. Un chiquillo que estaba colgado de uno de los barrotes de la escalera, acogió su presencia con un suspiro de alivio.

—¡Eh, bájeme de aquí! ¿Quiere? —Miguel le puso en el suelo—. Subí y no sabía bajar.

—¿Sabes hacer esto?—preguntóle haciendo una flexión.

—Claro.

—Magnífico. Eres un hombre.

—Oiga —dijo el chiquillo con voz estridente—. Usted también debe ser un hombre.

—Sí... ¿Por qué?

—Porque todo el mundo en el barco habla de usted.

—No —se maravilló Miguel, dominando sus deseos de darle unos azotes—. Pero, ¿qué es lo que hablan de mí?

—Pues aún no he podido enterarme, porque cada vez que hablan me echan de la habitación.

—¡Qué gracioso! —gruñó Miguel echando a andar irritado.

Terry tenía razón. Hasta los niños estaban enterados de sus relaciones. Su impaciencia se encabritaba y aumentó la velocidad de su paseo y hecho un basilisco abrió las puertas del bar. De haber retardado un poco su marcha hubiera tenido ocasión de ver cómo Terry era enterada por el chiquillo de su popularidad.

Logró Miguel dominar su ira, pero no hacer desaparecer de su pecho la terrible sensación de soledad que le dominaba desde la mañana. Estaba sumamente aburrido e inconscientemente avanzó hasta el mostrador del bar y pidió un combinado de champagne.

—¿Tiene cigarrillos?

—En el quiosco de tabacos, señor —indicóle el barman.

—¿Tiene champagne rosa? —preguntó Miguel levantándose de su asiento y pensando en Terry al nombrar esta bebida.

—Sí.

Miguel fué a comprar los cigarrillos. Terry abrió la puerta del bar y escrutó con una mirada todos los rincones. Afortunadamente estaba vacío y sintió un alivio patente al advertirlo. Si duraba mucho aquella

situación se vería obligada a adoptar la vida de un anacoreta.

—Un cocktail de champagne —ordenó depositando su bolso sobre el pulido mostrador—. ¿Tiene usted champagne rosa?

El barman dióle una respuesta afirmativa. Por lo visto, tal marca de champagne se estaba poniendo de moda. Terry se disponía a encender un cigarrillo, cuando entraron varios jóvenes que la miraron risueños, sentándose, a continuación, junto a ella. Esta vez les iba a salir mal su empeño. Miguel no estaba con ella, así es que podían reírse cuanto quisieran. Pero las mal disimuladas sonrisas crecieron. Los ojos se clavaron en su dirección y todos juntaron sus cabezas cuchicheando. ¡Miguel se presentó y se acomodaba a su lado! Contuvo un movimiento de involuntaria huida.

—He cambiado mi mesa por otra individual—dijo, en voz baja y sin mirarla, el joven.

—Yo también —contestó Terry remediando su juego.

—Lástima que sea así... Fué tan agradable la cena anoche que...

Terry, sin escuchar la continuación, se incorporó violentamente. La pareja más cercana se esforzaba en cazar al vuelo algunas frases de su conversación. Miguel se percató de ello y quiso castigarlos, cuando Terry exclamó:

—¿Apa-blapa upus-tepé apa-sipi?

—¿Eh? —preguntó estupefacto Miguel.

Impacientada por completo, la joven sopló en las orejas de los curiosos y abandonó el bar, seguida de Miguel. En la puerta, cada uno echó por su lado.

En el comedor el "maitre" condujo a Miguel a una mesa individual situada en un apartado rincón. Notó que la mirada de los comensales no se depegaba de él y, más aún, que algunos dedos indiscretos indicaban con un movimiento global a alguien más. Volvióse rápidamente. ¡Terry estaba colocada, sola es verdad, pero en una mesa casi pegada a la suya!

La orquesta rompió a tocar. Terry, sin levantar sus ojos de la minuta y sin encararse con él, anunció:

—Todo el mundo nos está mirando... ¡Esto es horrible!

Las estridencias de la música hicieron incomprensibles sus palabras, y únicamente Miguel entendió que la joven le estaba hablando. Se

apoyó en el respaldo de su silla y echó ligeramente hacia atrás la cabeza:

—¿Eh? ¿Qué es lo que ha dicho?

—He dicho que esto es horrible y que me voy a ir.

—No. Yo me iré—protestó Miguel, poniéndose en pie simultáneamente que Terry y casi entrando en colisión con ella.

—¿Dejándome aquí sola con todas esas personas?—protestó asustada.

Miguel tuvo que maldecirse a sí mismo. Era la primera ocasión de su vida en que se reprochaba todas sus locuras y tenía que pagar por ellas un precio mucho mayor del que creyera en un principio; su amor propio que, puesto en juego para vencer las dificultades, se iba inclinando lenta, pero seguramente, hacia los pies de Terry, para quedar allí por toda una eternidad. Una terrible melancolía y deseo de estar con Terry se sobreponía a todas las ficciones sociales, quedando únicamente supeditado a la dicha y tranquilidad futura de la muchacha.

CAPITULO II

El encanto de una casa solitaria

Un día más tarde, el gran trasatlántico "Nápoles" fondeaba en el puerto de la isla de Madeira. Como de costumbre los viajeros podían desembarcar y emplear como se les antojase las horas libres antes de volver a zarpar con rumbo a los Estados Unidos. Madeira, con sus estrechas callejas, sus casas revocadas de blanco y sus balcones cargados de macetas, con sus pavimentos de empedrado desigual y sus cuevas, parecía un paraíso en el que la vida estuviera detenida y muerto el tiempo. Después de los continuos embates de las olas contra el casco del navío y del incansable zumbir de sus máquinas, el alma agradecía el silencio encantado del suelo isleño.

Miguel, pudo escaparse milagrosamente del barco y ascender, sin ser seguido por nadie, hacia la cumbre de la montaña que remata a Madeira. Una sincera alegría cobijaba su pecho y le sugería años que había creído huidos para siempre de su memoria. ¡Cuántas cosas habían

pasado y se habían perdido desde la postrera vez que desembarcó en las Azores!... La pina pendiente, que se agotaba en la playa, corría bajo sus pies sin fatigarle.

El chirrido de una carreta. Déjole libre el paso y recorrió admirado con los ojos desde la poderosa testa del buey que la arrastraba, hasta los pintorescos mostachos del cochero, que con la aijada en la mano, conducía el carromato. Las enormes ruedas casi rozaban los muros de las casas y su chirriar sonaba nostálgico.

De pronto levantóse uno de los faldones del toldo de la carreta y Miguel se quedó con el corazón extrañamente palpitante. Terry agitaba desde el interior una mano, invitándole a que se acercase. Obedecióla, quitándose el sombrero.

—Hola —saludó la joven, de la que parecía haber huido todo temor—. ¿Sigue mi camino?

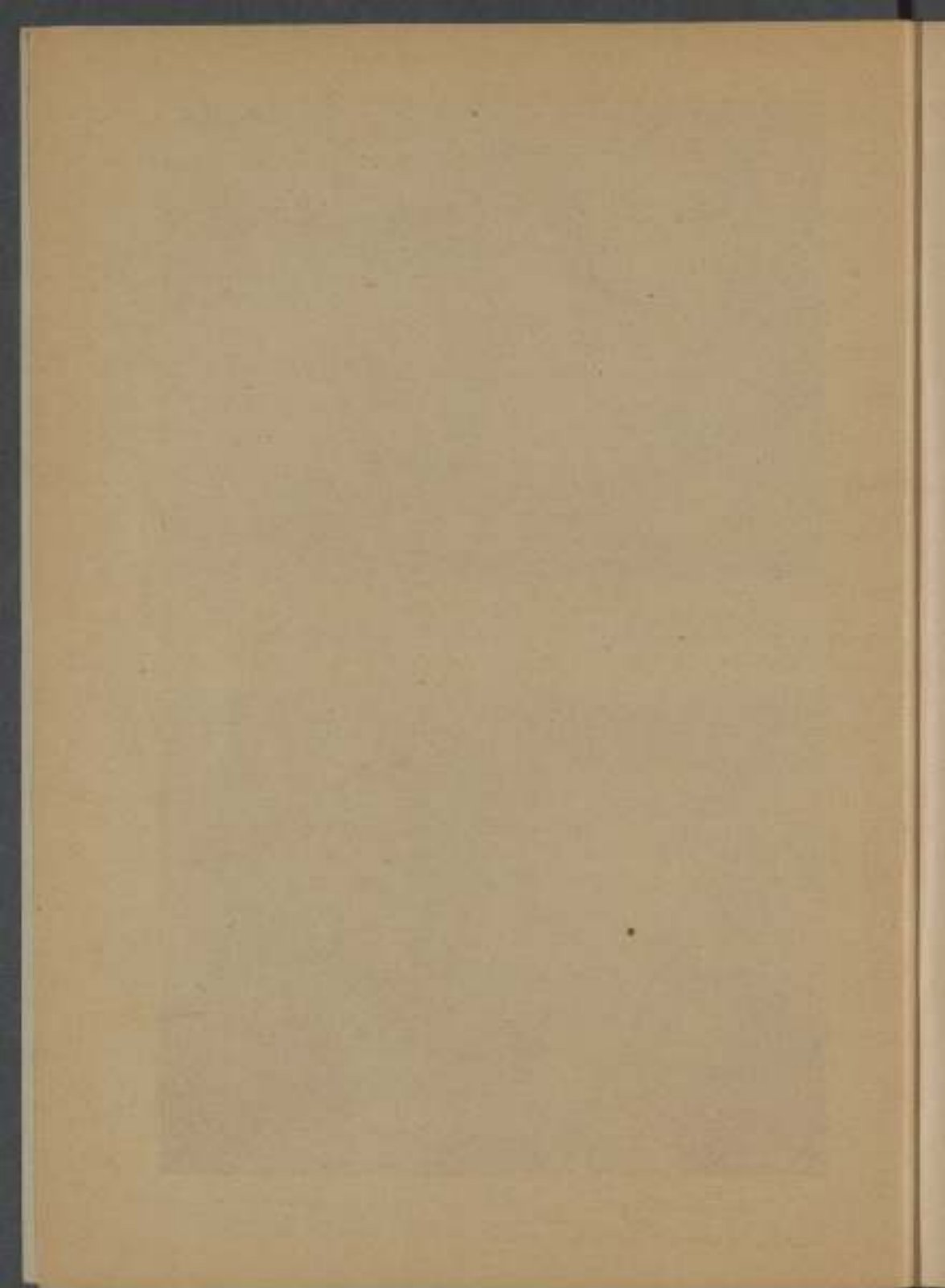
—Voy a ver una señora—explicó Miguel, andando junto a la rueda.



Por primera vez en su vida estaba, sin temor, meloso ante una mujer, una fina e indefinible burla flotaba en el ambiente y se aumentaba con la sensación de seguridad en el mirar de la desconocida.



Ambos jóvenes se sentían alejados del resto del mundo por una barrera que, si bien podía antojárseles elevada por la amistad, el futuro se encargaría de expresar su verdadero sentido.

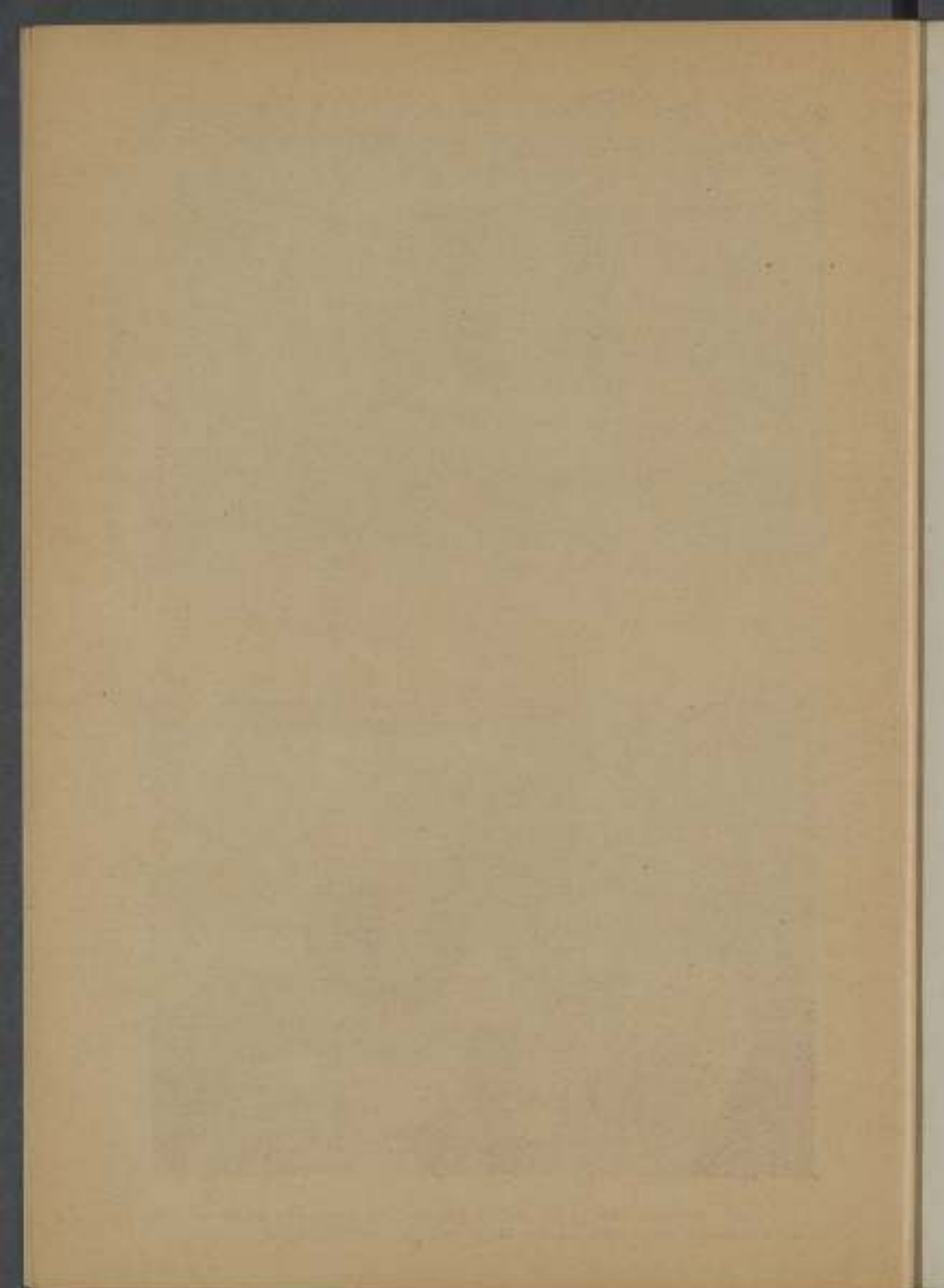




Toda estaba a punto de desaparecer: la poesía del horizonte, el encanto que las seducía. Y ninguno de los dos osaba protestar.



Janou contemplaba la faz del joven, con una expresión en la mirada que le hubiera hecho sobresaltar de conocer su verdadera significación.



—¡Oh, hasta en Madeira!—suspiró algo desencantada Terry.

—No, esta vez se equivoca usted. Es mi abuela.

Terry murmuró unas frases de excusa. Miguel le parecía haber sufrido un gran cambio. Era mucho más visible el niño que llevaba en sí, y sus pupilas, al proferir su aclaración, tenían la diaphanidad de un agua quieta. Advirtió la molestia de Terry e intentó disiparla.

—No se preocupe —cambió de tono a continuación—. Vive en la cima del monte. ¿Le gustaría a usted conocerla?

—Sí, sería un placer para mí.

Obedeció encantado, Miguel, y, pocos momentos más tarde, el carrumato frenaba sus ruedas ante una escalera que concluía en lo alto de un muro. Despidieron al cochero; el regreso era menos duro y más rápido. Terry continuaba asombrada. Le halagaba el que Miguel no se hubiera opuesto a satisfacer su curiosidad; hasta le parecía que estaba orgulloso de aquel lugar, para adentrarse en el cual era preciso trepar por aquellos carcomidos escalones. Algo le anunciaba que allí estaba palpitando la aventura más maravillosa de su existencia, y sin saber por qué tenía la garganta oprimida por un nudo.

En efecto, una visión de ensueño fué la que se le ofreció. Una amplia terraza sombreada por pérgolas

cuajadas de flores permitía dominar todos los contornos de la isla. Las puertas abiertas de la mansión, abiertas acogedoramente, permitían adivinar un salón amueblado con gusto. Varias sillas y butacas de mimbre invitaban al reposo y a la meditación. Reinaba un silencio sólo turbado por el arrullo de unas albas palomas de jardín. Un no sé qué indefinible, como el tañido de una dulce campana vespéral, serenaba el alma de Terry, sugiriéndole un mundo mejor, henchido de recuerdos que no se atrevía a hollar. Hasta el viejo can que, como un viejo guerrero, soñaba en pretéritas cacerías tendido junto a un sillón, armonizaba con el conjunto hasta ser una imagen imprescindible del mismo.

—¡Oh, maravilloso! —exclamó Terry, conteniendo el aliento como si temiera empañar aquel universo dormido.

Guardó silencio Miguel y ambos avanzaron hacia el perro, que les vigilaba a través de sus soñolientos párpados semicerrados.

—No olvide que quiero conocerla—añadió Terry.

—Aguarde un momento, iré a ver si está.—rogó Miguel y penetró en el salón, gritando un extraño nombre—. ¡Janou! ¡Janou! —regresó a su lado—. No está. ¡Oh, miré...! Seguramente estará en la capilla.

Sobre el sillón, emplazado en un lugar desde donde se podía columbrar la población como un grupo de blancas aves, había un hermoso chal de encajes, en otro tiempo blancos y ahora de un tono marfileño. La capilla, pocos pasos alejada del chal, era un minúsculo edificio cubierto de plantas trepadoras. A Terry le sorprendió que Miguel en lugar de ir en busca de su abuela se arrodillara junto al perro y le palmeoteara la cabeza, hablándole en un rápido francés. Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas. Ahora sabía la causa de que Miguel fuera distinto de los demás hombres: no podía ser de otra forma habiendo vivido allí.

—No sé lo que se respira en este ambiente —suspiró recorriendo el edificio con las pupilas—. Parece que nos obliga a hablar bajito. ¡Qué paz! Es otro mundo.

—El mundo de mi abuela—respondió Miguel con reverencia e incorporándose.

—Cuénteme algo más sobre ella.

—Mi abuelo pertenecía al cuerpo diplomático —relató Miguel, accediendo gustoso a su petición—. Los dos corrieron el mundo. Esta fué su última parada. Aquí murió él. Ella se quedó aquí para estar cerca de él. Está enterrado allí, cerca de la capilla. Está esperando, creo que con impaciencia, el día en que pueda reunirse con él.

Calló Terry al terminar el relato. Giró sobre sus goznes la puerta de la capilla y salió una anciana que, al advertir la presencia de Miguel, se precipitó en su dirección, abrazándose ambos estrechamente. Luego le apartó de sí y ambos hablaron en francés. Terry se sintió una intrusa. No tenía derecho a estar allí y Miguel no debía haberla invitado. Sin embargo, por otra parte, se enorgullecía de la confianza significada por su invitación. Cuando se sobrepuso a estas emociones, observó con interés a la anciana. Iba vestida a la antigua y su rostro, que tal vez no mereciera el calificativo de bello, era apacible y aristocrático; sus fatigados ojos relampagueaban de amor y sus manos acariciaban a Miguel como si quisiera verificar la realidad de su presencia.

—*C'est elle?*—preguntó, al fin, por Terry.

El escaso francés conocido por Terry le sirvió para comprender que la confundía con la prometida de su nieto y su azoramiento creció, mientras Miguel deshacía el error apresuradamente.

—Te presento a la señorita Terry MacKay —dijo, obligándola a acercarse y le contó—. Creía que usted era mi prometida.

Las dos mujeres se besaron con un gesto espontáneo y Miguel observó meditabundo el grupo que formaban. ¿Qué hubiera hecho Larisa

Clark de estar allí? Pero inmediatamente contruvo su imaginación. La memoria de su prometida se le antojó desagradable y fuera de lugar.

—Elle est charmante. Elle me plaît beaucoup —exclamó la anciana y se enmendó enseguida—. ¡Oh, perdón! Le estaba diciendo que me gusta usted mucho.

—Gracias. Lo celebro—agradeció con timidez.

—Si usted me lo permite, me sentaré un momento. Me estoy acostumbrando a rezar más cada día y mis rodillas... Bueno, ya tienen tantos años como yo.

Cogió el chal de encajes y tomó asiento, siendo rodeada por los jóvenes. Sus pequeñas manos acariciaron la frente de Miguel, que se había acomodado en el suelo, entre el sillón de su abuela y el arrastrado hasta allí por Terry.

—¿Es usted inglesa?—continuó diciendo.

—No, soy americana.

—¿Americana? ¿Sabe usted, querida mía, que yo siento un cariño especial por América? Allí residimos mi marido y yo por primera vez después de casados. Es mía, nos fuimos a Washington a pasar la luna de miel.

Destellaron sus pupilas repletas de recuerdos. Terry se quedó durante unos segundos sin saber qué decir. La hubiera cogido entre sus brazos y besado. Aspiró el aroma

de las flores y contempló el cielo azul cobalto.

—Tiene usted una residencia magnífica. Me gustaría quedarme aquí para siempre.

Miguel la miró sorprendido. A cada minuto que pasaba descubría una Terry desconocida, que despertaba maravillosas resonancias en su corazón.

—Es usted muy joven aún —repuso suavemente la anciana—. Este es un lugar muy bello para sentarse a recordar... pero usted aún tiene que crear esos recuerdos. ¿Le gustaría entrar a visitar la capilla?

—¿Me lo permite?—preguntó anhelante.

Se puso el amplio sombrero y entró en la capilla, seguida por las miradas de la anciana y de Miguel, que se habían puesto de pie. La anciana se encaró con su nieto:

—¿Cuánto tiempo hace que no entras en ella, Miguel?

—Creo que desde que era monaguillo.

—Entonces será mejor que tú entres también —insinuóle—..., no te hará ningún mal.

—Bien.

—Iré a preparar el té.

—Magnífico—aprobó el muchacho.

La luz que penetraba en la capilla por el ventanal policromado iluminaba de pleno las facciones de Terry, dando un aspecto irreal a su

perfil, cuando Miguel se arrodilló silencioso junto a ella. ¿Por quién estaría orando? Jamás creyera que la despreocupada e independiente joven armonizara con el mundo de su abuela. Ahora en la capilla parecía una flor exquisita que estaba esperando al afortunado jardinero que la cosechara. Rehuyó sus ojos y simuló rezar a su vez, para tornar a contemplarla. Ahora se le presentaba un problema que tenía que resolver en el acto. Si en los pasados días se había sentido atraído por Terry a causa de su esquividad y de los obstáculos, al presente era una voz íntima la que le aconsejaba que no la apartara de su camino, que la conquistara y que la hiciera suya para siempre. La prueba era definitiva. Por fin conocía lo que era el amor magnánimo, desinteresado. Terry era la mujer, todo sensibilidad y posibilidades, y no una de las muñecas costosas con las que trataba; y acaso precisamente por esto había resistido sus galanterías, por desear con todas sus fuerzas de su ser lo único que logra hacer dichosa a una mujer: un hogar y la estabilidad de los sentimientos...

No pudo seguir adelante con sus pensamientos. Terry hizo el signo de la Cruz y salió dejándole sólo. Repitió su gesto, casi olvidado, y siguióla. El sol le cegó y estuvo parpadeando antes de reunirse con ella.

—Nunca había visto tan bellos colores. ¡Tiene todo tanta vida! Hasta la yerba parece más verde... —alabó la joven.

—Sí, es que... —contestó Miguel sin saber qué decir—, es que por aquí llueve bastante.

Terry le lanzó una rápida ojeada, que sirvió para acrecer la turbación de su acompañante. La aclaración era grotesca y Miguel se maldijo por la tontería que acababa de decir.

—¿Quién se cuida de todo esto? —indagó Terry para hacer desaparecer su molestia.

—¿Eh? —replicó saliendo de su meditación. ¡Ah, un viejo jardinero! Allí está.

La conversación siguiente fué un enigma para Terry; no obstante, supo por las exclamaciones cambiadas y la alegría de los rostros del jardinero y del joven, que éste era capaz de sentimientos puros y que era amado por sí mismo.

—Desde que no le veo, han tenido tres niños más—explicóla.

—Vaya.

—Emil dice que Francia necesita hombres y él ha tenido siete hijas—dijo la abuela de Miguel, incorporándoseles.

—¿Siete?—exclamó Terry, mirándole asustada.

—Sí—replicó Emil, abombando el pecho lleno de satisfacción.

—Bueno, si ustedes mé lo per-

miten, quisiera ir a ver el resto de su familia—propuso Miguel, que, obtenido el permiso, marchóse con el jardinero.

—El té estará preparado dentro de un momento—dijo la anciana, entrando en la cocina.

—¿Puedo ayudarla?

—Gracias, hija mía.

Terry buscó en los estantes, mientras la anciana echaba una mirada al agua caliente.

—¿Dónde están las tazas? —una vez con los objetos pedidos, suplicó—. Yo lo llevaré.

—¡Oh, gracias! —dijo la abuela, conduciéndola al salón—. Lo lamento, tuve que despedir a mi criada. He tenido que reducir un poco mis gastos. Resulta que tenía pensado morirme cuando llegara a los setenta y cinco y aquí me tiene ya con setenta y siete; así que si no voy a morirme, no tengo más remedio que ahorrar cuanto pueda.

En su acento no había ni burla ni amargura, sino una resignación y dulzura maravillosas. Terry dominó sus deseos de estrecharla contra su corazón, al depositar las tazas en una mesita. Luego se sentaron y los ojos de Terry se clavaron en un magnífico paisaje que adornaba la pared.

—¿Le gusta? —dijo en su pintoresco inglés la abuela.

—Sí, es admirable. ¿Quién lo hizo?

—Miguel —y orgullosa por la exclamación de asombro de la joven, dijo—. Lo pintó para mí.

—Pues está bien—alabó triunfalmente.

—Tiene mucho talento. Desgraciadamente también es muy inconstante, debido a lo cual no ha vuelto a hacer nada desde entonces. Además de que Miguel está muy ocupado...—titubeó.

—En vivir...—apuntó Terry, acudiendo en su ayuda.

—Sí. Todo se le presenta sin inconvenientes y está siempre alucinado por el arte que no practica, por los países que no conoce y por las chicas que no le han sido presentadas —sirvió el té y agregó—. No me importa confesarle a usted, querida, que hasta ahora su conducta me ha preocupado.

El corazón de Terry latía con fuerza. ¿Por que la anciana le hacía tales confidencias a ella si no era la prometida de Miguel? ¿No tenía fe en su matrimonio? ¿Acaso había visto que estaba enamorada de él y que había hecho este descubrimiento en el momento en que pisó las losas de la terraza? La timidez y el orgullo que la dominaban desaparecían ante la turbadora sensación de seguridad que la dama despertaba en ella. La anciana veía en ella una aliada y no la defraudaría. Aceptó sus explicaciones como cosa natural.

—¿Por qué?—dijo, depositando su taza en la mesita.

—Porque algún día la vida presentará una factura a Miguel, que seguramente hallará muy difícil de pagar. Pero cuando la veo en su compañía siento alivio...

—Pues no le entiendo... —replicó, sintiendo que se le encendían las mejillas—. Sentará la cabeza cuando se case. ¿No se lo imagina con sus zapatillas y su pipa?

La dama negó con la cabeza, sonriéndola como amonestándola por querer engañarla.

—No. Existen muchas puertas de escape entre un viaje y el altar y sólo Dios sabe lo que puede ocurrir a bordo —asíó la mano de Terry y notó que estaba fría; su sonrisa aumentó—. Créame usted, hija mía; en Miguel no hay absolutamente nada que una mujer buena no pueda corregir...

La entrada de Miguel turbó la continuación del diálogo. La serenidad de la anciana se había transmitido a Terry. Miguel venía muy animado; se sirvió una taza de té, explicando su visita y al advertir una señal de inteligencia cambiada entre las dos, exclamó:

—Apuesto a que no ha hablado más que ella.

—Su abuelita me ha contado que cuando era pequeño, si no se le dejaba hacer su voluntad, se tiraba al

suelo, pataleaba y se le ponía la cara toda encarnada.

—¿Y usted qué le ha dicho?

—Pues... —respondió Terry con decisión, sobresaltándole— yo le he dicho que ahora no ha vuelto a hacerlo. Y que cuando no puede salirse con la suya, se retira avergonzado.

—Bueno, ¿pero se puede saber de qué han estado hablando? —preguntó con más impaciencia de la que demostraba—. Me parece que de muchas cosas de las que me convendría enterarme.

El aullido de la sirena de su barco resonó llenando los ámbitos. La anciana hizo un gesto como si quisiera acallarla. En sus ojos brillaban las lágrimas y Miguel quiso disipar su angustia. En sus ojos brillaban las lágrimas y Miguel quiso disipar su angustia. Poniéndose en pie, propuso:

—Janou, tienes que tocar un poco el piano antes de que nos vayamos —refiriéndose a Terry—. Había sido una gran pianista, ¿sabe? Ahora mismo se va a poner a tocar.

—¡Oh, Miguel, mira qué malos! —protestó la dama, extendiéndolas temblorosas, pero sin lograr impedir ser conducida al piano.

Con una encantadora modestia levantó la tapa del piano y antes de pulsar los primeros acordes, dijo:

—Recuerden que me han obligado a hacerlo.

Las primeras notas sonaron con torpeza, pero pronto la música se apoderó de su ser y la melodía animó las viejas estancias de la mansión desvelando el espíritu que habitaba en los rincones. Terry sin saber cuál era la causa, empezó a musitar la letra de la antigua canción y pronto, sin acordarse de que la rodeaban, cantó en voz alta. La dama la sonreía y Miguel al escucharla y al mirarla supo que su amor era indudable y que jamás dejaría de necesitarla...

La sirena del barco llegó de nuevo a ellos como un reclamo implacable. La abuela de Miguel dejó caer sus manos en su falda y sollozó:

—¡Odio la sirena de los barcos!

Miguel la abrazó, intentando consolarla. Terry, experimentando su misma angustia, recogió el chal de la anciana y le rodeó con él los hombros.

—Tenga, mejor será que se ponga usted esto. ¿Verdad que es bonito?

—¿Le gusta? —preguntó la dama, saliendo a la terraza—. Quizás algún día se lo mande.

Lentamente anduvieron hasta llegar a la escalera. La abuela abrazó a su nieto con la energía del que lo hace por postrera vez y volviéndose hacia Terry, explicó:

—Yo no puedo llegar más que hasta aquí. Esta es la frontera de mi pequeño mundo.

—Es un mundo perfecto —declaró Terry, besándola con cariño—. Gracias por haberme permitido traspasarlo. ¡Adiós!

—Que Dios la bendiga —murmuró la dama.

—Bueno, Janou —dijo Miguel estrechándola entre sus brazos—. Creo que pronto volveré a verte... De veras... y ésta vez te escribiré a menudo, ¡créelo!

—No te olvides.

Los dos jóvenes se detuvieron para agitar la mano en despedida. La figura diminuta de la anciana estaba erguida como un buen soldado que aguarda sin temor la muerte. Terry con la garganta empañada por las lágrimas, no pudo contener un impulso y subió con agilidad las escaleras, para sentir una vez más los cansados labios de la dama en sus mejillas.

CAPITULO IV

La cita

Miguel esperaba, sin fundamento al parecer, a que Terry se le reuniera en el ángulo de la borda en tantas ocasiones espectador de sus conversaciones. Posiblemente iría a juntarse con él; el mar estaba encrepado y soplaban un viento con tendencia a huracán que ahuyentaba de los puentes a los indiscretos. Miguel comprendía la inmensidad de la revelación de aquella tarde: que su vida sería oscura y carecería de sentido sin la compañía de la joven que tan hondamente les había emocionado a su abuela y a él. Ahora ya estaba lejos Madeira y el encanto ya se había disipado, enfrentándole con un problema, no con el de su ruptura con Luisa Clark, pero con el de su capacidad y seguridad para realizar su vida como una persona normal.

—Todo parece indicar que habrá tempestad —apuntó Terry, cuyas pisadas habían silenciado el aullar del viento.

—Hoy hemos cambiado de rumbo —anunció simbólicamente Mi-

guel, escudándola del aire con su cuerpo—. Quiero darle las gracias por una tarde tan agradable.

—Y yo a usted por lo que indudablemente ha sido el día más agradable de mi vida.

—Ha sido muy buena con mi abuelita.

—Me parece que le escribiré.

—Eso estaría muy bien —aprobó Miguel.

Pasaron algunos pasajeros y los soslayaron observando la espuma de las olas. Miguel se apartó de la borda y se abrochó el cuello de la gabardina.

—Bueno, buenas noches.

—Buenas noches —repitió Terry, con los ojos como estrellas.

Miguel experimentó una ansiosa opresión en el pecho. El encanto renacía. Y antes de que pudiera percatarse de lo que estaba haciendo tenía entre sus brazos a Terry y la besaba con pasión. Permanecieron unos minutos abrazados; después la joven le apartó suavemente de sí y dijo:

—Me parece que se acerca la tempestad, Miguel. Buenas noches.

—Buenas noches—contestó sin hacer nada por detenerla.

Tenía razón. La tempestad había estallado, pero en su cerebro y en su alma. Su voluntad zozobraba y el deseo de tenerla de nuevo junto a sí era candente. Abandonó el puente andando a grandes zancadas.

Terry, refugiada en su camarote, en vano buscaba sosiego para su alma. Pensaba con amargura en la generosidad de Kenneth Bradley y con no mejor ánimo en el beso recibido. Un caos terrible cercaba todas sus potencias y la mantenía desvelada. Lo único manifiesto era que amaba a Miguel como jamás soñara en querer a Kenneth, a pesar de tener grandes motivos para ello. Su espíritu se dividía entre su razón y la canción que cantaba en su pecho y que le aconsejaba no desperdiciar una oportunidad como aquella, tal vez la única que la vida le brindaría. Incapaz de resistir por más tiempo su pugna moral, ni de alcanzar el descanso, abandonó su alcoba.

En el lugar habitual se destacaba el bulto del cuerpo de Miguel. Corrió hacia él desesperada y pasando su mano por su brazo, exclamó:

—Si me obligas a decirte lo que pienso, me echaré por la borda.

—Creí que te habías ido a la ca-

ma—comentó sombríamente Miguel, que no estaba de mejor talante.

—¿De qué me serviría si no puedo dormir?

—Ya sé lo que es eso. Yo no he hecho más que dar vueltas—intentó bromear—... y toser.

—¿Soñando?

Miguel hizo una mueca característica y le apretó la mano que se apoyaba en su brazo.

—No creo que eso sea soñar, más bien... desear.

Terry pensó que su conflicto no era el único en el barco. Natural era que Miguel sintiera una repercusión de su estado de ánimo, más no lo había creído posible. Sin duda, la visita a la casa encantada les había enseñado muchas cosas a ambos.

—Mi padre decía siempre que los deseos son sueños, que soñamos despiertos.

La definición enderezó a Miguel, como si hubiera recibido un latigazo por su exactitud.

—¿Tu padre decía eso?

—Era muy raro—anunció Terry, suponiendo lo que se reiría el autor de sus días si pudiera observar la escena.

El viento aumentó su furia y Terry se pegó al cuerpo de Miguel.

—Yo compuse una canción sobre ese tema—dijo éste—. Era bonita.

Otra muestra de cualidades desconocidas de Miguel.

—¿Es de veras?—preguntó sor-

prendida, pero el joven no conoció el verdadero origen de la interrogación.

—No, no, no he querido decir eso —se excusó avergonzado—. Quise decir que...

—¿Que no estaba del todo mal? —apuntó Terry notando su dificultad en encontrar el calificativo apropiado.

—Te advierto que algún día se me pegará tu manera de hablar—amenazó—, y entonces también voy a ser gracioso.

—Lo siento... —se arrepintió Terry—. ¿Cómo es la letra?

—La he olvidado —anunció tras de meditar unos instantes—, pero era algo así... "Si deseas con todas las fuerzas de tu imaginación, si deseas con todo el ardor de tu imaginación y si perseveras en tu deseo con todo el anhelo necesario..."

—Obtendrás lo que desees para Reyes—concluyó Terry. Sabía que Miguel no se enfadaría porque le arrancaba de su impulso lírico, que no solucionaba nada, antes al contrario, solamente servía de retraso en el acto de poner sobre el tapete la realidad.

—Sí —concedió el joven—. Nosotros lo obtendremos mañana.

Miró con temor a Terry. Sus palabras, aún no siendo muy explícitas, tenían un significado harto diabólico para que la joven las rebuyera.

Hizo un ademán afirmativo y Miguel se animó, enardeciéndose más y más a medida que iba preguntando:

—¿La estaré esperando? —repitió Terry su gesto—. ¿Y ella?

Terry hizo lo mismo, aunque en realidad estuviera desorientada y no supiera a quién se refería Miguel, si a Luisa Clark o a ella misma. No obstante, el joven se encargó de concretar la cuestión, cuando con impaciencia propuso:

—Bueno, yo creo que si tenemos algo que decirnos, sería mejor decirlo ahora.

—Sí—aprobó Terry, pensando en la anciana de Madeira y en lo equivocada que había estado al juzgarla capaz de desviar a Miguel del camino emprendido.

—Bien —Miguel carraspeó, pero determinóse con absoluta franqueza—, te parecerá imposible, pero yo no he trabajado en toda mi vida... No he hecho otra cosa que divertirme.

—Justamente he estado pensando en eso—tal vez la abuela de Miguel empezara a tener razón.

Su contestación apabulló al joven, que humilló la cabeza y pareció no estar dispuesto a proseguir la conversación. Una arruga de enfado plegaba su frente. Seguiría los consejos recibidos; si el principio asustaba a Miguel, tanta culpa tenía ella como el joven para que osara abandonarla en el apuro.

—¿Qué es lo que has dicho?

—No he dicho nada—aseguró con sequedad.

—Creo que sí... —siguió Terry sin hacerle caso—. Has dicho que yo no podía vivir sino con mucho lujo. Pielés joyas...

—¿Yo he dicho eso?—exclamó recuperando su entusiasmo.

—Creo que tanto tú como yo estamos más o menos acostumbrados a una vida de champán rosa y quizás sea un poco difícil... —Miguel gruñó—. ¿Te gusta la cerveza?

—Sí, claro, pero...

—Sí, ya sé, la cerveza suele engordar. Recuerdo que mi padre solía decir: "Es curioso que las cosas que más me gustan o son ilegales, o inmorales o engordan". Ya te he dicho que él era muy raro.

Miguel se descubrió ante el sentencioso señor MacKay. No cabía duda que su hija era un digno vástago suyo...

—¿Qué pensaría tu padre de mí al saber que no he trabajado nunca?

—Bueno, sólo porque no hayas trabajado...

—¡Oh, eso no quiere decir que no pudiera hacerlo! —replicó rápidamente—. Claro que no, pero es difícil averiguarlo así de pronto. Tardaría por lo menos seis meses en saber si...

—¿Sí qué? —animóle Terry,

viendo el cielo abierto. Al fin salía a flote el verdadero Miguel.

—Es difícil de decir. No sería justo exigirte semejante cambio, pero si trabajase con ahínco y con fe y si mis deseos se convirtieran en realidad, ¿dónde estarías tú?

Nunca pudo creer que Miguel le amara tanto como para prometer lo que estaba diciendo. No podía dar crédito a sus oídos. Era demasiado sencillo. Para ella la prueba no era nada, mas para Miguel era mucho más de lo que se podía expresar con palabras. Todo el mérito era de él, que la ayudaba a alzarse de su oscura vida hasta alcanzar una región desconocida.

—¿Qué es lo que intentas decir, Miguel?

—Pues quiero decir que tardaría seis meses en averiguar si valgo para revelarte los secretos de mi corazón.

—Eso es lo más agradable de todo cuanto... —dominó su impulso de abrazarle—. Ahora está mejor que vuelva a mi camarote a dar unas cuantas vueltas. Así tendré tiempo de pensarlo y te contestaré mañana. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, quisiera... dar un paseo.

—El matrimonio es un paso muy serio para una chica como yo—aseguró al notar su desaliento, puesto que Miguel imaginó que su oferta iba a ser aceptada sin reparos.

—Sí, ya lo sé.

—¿Te gustan los niños?

—¡Oh, claro que sí!—y no supo jamás que desde esta respuesta ya tenía ganada la partida.

El día siguiente fué de prueba para Miguel. Transcurridas aquellas veinticuatro horas desembarcarían en Nueva York y, sin embargo, Terry rehúsa su compañía, guardando un sorprendente silencio a pesar de su promesa. Ni que decir tiene cuál era su malhumor y su expectación al ver caer el día y aparecer la noche sin mejores resultados. Los dos jóvenes se fueron a sus respectivos camarotes en un estado de ánimo semejante al del codenado a muerte.

A poco de entrar en su departamento, Miguel salió de él envuelto en un grueso abrigo que le defendía de la humedad y de la neblina que rodeaba el barco. Pasó toda la noche midiendo la cubierta con sus pasos y cuando los primeros albos del día destacaron la silueta de la gigantesca ciudad en el horizonte, ya estaba completamente desesperado. Sin cerciorarse de ello, se detuvo frente a la habitación de Terry, observando los rascacielos ingentes. Entonces se presentó Terry envolviéndose en una bata. Miguel tomó sus manos y las estrechó nerviosamente.

—Estaba muy preocupado. Ya estaba pensando...

—Lo lamento. No sabía que es-

tuviéramos en... —se estremeció de frío—. Estoy a medio vestir... Escucha: si todo nos sale a los dos tal y como lo esperamos, quiero decir... dentro de seis meses...

—Sí—animóle Miguel.

—Sería en julio.

—Exacto—afirmó con impaciencia.

Terry sacó de un bolsillo de la bata un papel y se lo ofreció. La sirena del "Nápoles" hizo retumbar a la ciudad dormida.

—He escrito estas instrucciones. Léelas detenidamente para que no haya ninguna equivocación.

—"Querido"—leyó con dificultad Miguel—...¿soy yo?—Terry le sonrió—. Primero de julio, a las cinco, piso ciento dos, en la cúpula del edificio Empire State.

—Sí, es ese que está ahí enfrente—dijo Terry señalando la inmensa mole—. Es el edificio más alto del mundo. Lo hallarás fácilmente. Es lo más cerca del cielo que tenemos en Nueva York. No olvides tomar el ascensor.

Miguel se rió y alzó sus ojos hacia la construcción que había de ser el incentivo de su vida durante seis meses. Indudablemente sería posible distinguirlo de todas partes. Terry grabó en su corazón su imagen en aquel instante. Luego, sin estrecharle la mano, regresó a su camarote, diciendo:

—Bueno, hasta que volvamos a encontrarnos. Cúidate mucho.

Miguel no intentó detenerla. El Empire State le tenía como hipno-

tizado. El sabría conquistarlo y ofrecerlo a Terry como sus arras de amor eterno.

CAPITULO V

Días de febril espera

Que el amor es el dios de la impaciencia, al mismo tiempo, es cosa tan sabida que expresarlo es pecar de perogrullada, pero que Terry fué desde el momento de su desembarco la enamorada más impaciente es algo que conviene saber para explicar hechos ulteriores.

Así que se hubo desprendido, no hay palabra más exacta para describir su conducta con él, de Kenneth en la puerta del hotel que desde hacía mucho tiempo que la albergaba, subió rápidamente a su departamento y salió al balcón desde el que se divisaba perfectamente el gran edificio que tenía que poner un hito en su existencia. Pensaba durante su contemplación en que el tiempo es un castigo impuesto a los

hombres por sus pecados, puesto que los minutos desde que se separó de Miguel se arrastraban con pereza.

Pero Terry sabía que para domar el tiempo no hay como obrar constantemente y así no es asombroso que estableciera inmediatamente un plan de acción. Ante todo tenía que alejarse de Nueva York, con ello evitaría el deseo agobiador de que la suerte le hiciera tropezar con Miguel; además, de aquella manera, huiría de la presencia inevitable de Kenneth y la consiguiente acusación de su conciencia. Era imprescindible borrar cuantas huellas hubiera dejado su pasado en su ser, para, una vez libre de ellas, iniciar una existencia distinta. La lucha la enardecería. Nada, la idea la seducía,

Cerró el balcón y anduvo por la habitación hasta que entró una doncella, que la saludó afectuosamente:

—Ha llegado su equipaje. ¿Dónde están las llaves?

Terry esbozó un gesto con la mano. En su voz resonaba una nota de victoria:

—No abras nada. Annie, me marchó.

El viaje hasta Boston fué como un sueño. Buscó una casa de huéspedes muy modesta para poder hacer economías e inmediatamente salió a la calle en busca de trabajo. La fortuna la sonreía. No tuvo que indagar mucho para encontrar ocupación en un club como cantante, pero bajo la condición de ser sometida a prueba y de ver cómo reaccionaba el aristocrático público. Terry deseó que el destino fuera tan benigno con Miguel como con ella. Una voz le aseguraba que ambos triunfarían.

Llegada la noche de su presentación, Terry, pese a estar segura de sí misma, estaba lo suficiente nerviosa para justificar las frases de ánimo que le prodigaba el director del club. La orquesta pulsó un toque de atención y el director le estrechó la mano:

—Bien, le deseo mucha suerte.

—Gracias.

—Espero que se quede a trabajar aquí. Las condiciones son satis-

factorias, pero como le dije antes...

—Ya sé; no depende de usted. Depende de los clientes.

—Eso es. Cante usted y ya hablaremos.

—Y si no me recibe me daré por despedida.

Es imposible describir cómo cantó Terry. El público poco a poco se fué entregando a su voz melodiosa y cuando dejó de oírse, una formidable salva de aplausos premió su labor. Después de saludar repetidas veces, se reunió con el director que, en su larga vida, no había presenciado nunca unos vitores semejantes.

—¿Qué le parece, jefe?—preguntó risueña.

—Ese ruido son los aplausos, ¿verdad?—dijo refiriéndose a los que atronaban en la sala, reclamando otra canción.

—Puede que estén aplaudiendo su cubierto de dos dólares—bromeó Terry.

—Quíetela hacerle un largo contrato—anunció con ansiedad el director.

—Seis meses—contestó la joven.

—Eso es muy poco tiempo.

—¡Oh, no lo crea usted!—protestó Terry, presentándose ante los clientes para repetir la canción.

Unos días más tarde, al regresar Terry de su trabajo, sostuvo una conversación con la dueña de la casa de huéspedes en que habitaba que

le dejó muy pensativa. La casera era una mujer desgreñada, obesa y coja, en resumen, era un espectáculo poco grato hasta para personas compasivas. No obstante, era la amabilidad y la alegría personificadas. Llamó a la puerta de la alcoba de Terry y entró llevándole un ramito de flores.

—Mire usted lo que le he traído.

—Usted siempre tan amable conmigo.

—No. Esto es porque es usted mi mejor huésped.

Terry soltó el libro que estaba leyendo y replicó contagiada de su buen humor:

—No se moleste usted, porque no pienso pagarle un céntimo más.

—Pero, ¿quién pide más dinero? Es que me alegra que esté usted aquí.

—Usted siempre está alegre

—apuntó Terry—. Dígame el secreto.

—No lo sé, lo ignoro. Mi pensión está medio vacía. Tengo reumatismo y mi marido me abandonó con cinco hijos, los cuales se avergüenzan de mí.

—¡Oh, lo siento!—dijo compasiva la joven.

—Pues no debería usted sentirlo. Debería usted alegrarse —dijo encaminándose hacia la puerta—. Hasta ahora he visto que no tiene usted novio, así que no es probable que se case. Y claro que si no se

casa, sus hijos no podrán avergonzarse de usted. Bien, buenas noches, querida. No lea hasta demasiado tarde; es muy perjudicial a la vista. Buenas noches. No pienso volver a preocuparme por nada. Le advierto —prosiguió, deteniéndose en el umbral—, que aunque bromeo mucho acerca del matrimonio, en realidad creo que es muy bello; es más, creo que debería usted casarse si encuentra el hombre adecuado. Claro que no sé dónde lo va usted a encontrar, pero no se le ocurra casarse como yo con un holgazán. No cuesta nada enamorarse de un hombre que tenga una buena fortuna. Puede que al principio no le ame, pero puede aprender a hacerlo en seis lecciones. Recuérdelo: no se case con un haragán como yo lo hice. Era uno de primera marca.

Terry ya no logró leer una línea. Estaba preocupada y tenía una gran nostalgia de Miguel. ¿Qué estaría haciendo en aquel instante? ¿Resultaría un aviso de la Providencia la conversación con la casera?

Como es lógico el camino seguido por Miguel fue mucho más duro. También estaba menos preparado para marchar por él. En primer lugar, rompió sus relaciones con Luisa, que intentó retenerlo por todos los medios posibles. Desembarazado de este obstáculo, recapacitó sobre sus cualidades y manifestó a sí mismo que de la única manera que po-

día cumplir su compromiso era empleando su casi genial habilidad en la pintura. A renglón seguido alquiló un estudio y se dedicó a pintar una maravillosa serie de cuadros, pero en el momento en que Terry vencía en Boston la situación de Miguel empeoraba a ojos vistas. Los compradores se declaraban impasibles ante su arte y su vendedor, uno de los más expertos de Norteamérica y antiguo amigo de su familia, Coubert, no regresaba con la demanda deseada.

Pero parejo a su mala suerte y a la rápida huida de sus recursos —pues conforme a lo pactado, no podía acudir a su fortuna personal— aumentaba su goce por la lucha y su tenacidad en negarse derrotado. Con todo, llegó la ocasión en que su pan peligraba. Llamó a Coubert y le obligó a admirar nuevamente sus telas. Su arte no era comercial y necesitaría el amparo de un hecho fortuito para labrar su riqueza. Escuchó este dictamen con impaciencia y así que terminó de hablar el perito, metió sus manos en los bolsillos y se paseó por el estudio.

—Yo esperaba que le gustaría a usted alguno. Bueno, supongo que si no puedo vender mis pinturas, tendré que buscarme un empleo.

—Yo no le aconsejaría que dejara usted de pintar. La pintura es... Miguel le interrumpió, cogiendo

nuevamente la paleta y disponiéndose a seguir trabajando:

—Le advierto a usted que no pienso abandonarla. Esta es la única cosa que sé hacer, pero tengo que ganar mucho dinero, dinero a montones.

—Sí, claro, claro—aprobó Courbet sin entender su avidez. Conocía la fortuna de Miguel y le extrañaba su empeño de no apoyarse en ella para triunfar.

—Y para hacer un capital hay que comer. Sepa usted que al nuevo Marnay le aprieta el hambre.

Así, pues, ante esta demanda de su organismo y antes de que se hiciera más apremiante, buscó una ocupación menos artística que le llenara el bolsillo y el estómago de una manera periódica y regular. Pasada una semana pintaba en compañía de un colega de brocha gorda uno de los tremendos anuncios de una casa de medias. Aceptaba su reciente situación con dignidad y hasta con alegría. Enfundado en un mono blanco y tocado por una gorra lanzaba de vez en cuando esperanzadas miradas al Empire State y al contrario de Terry se lamentaba de la velocidad del tiempo. Llegaría la fecha asignada con adelanto, antes de haber demostrado de cuánto era capaz.

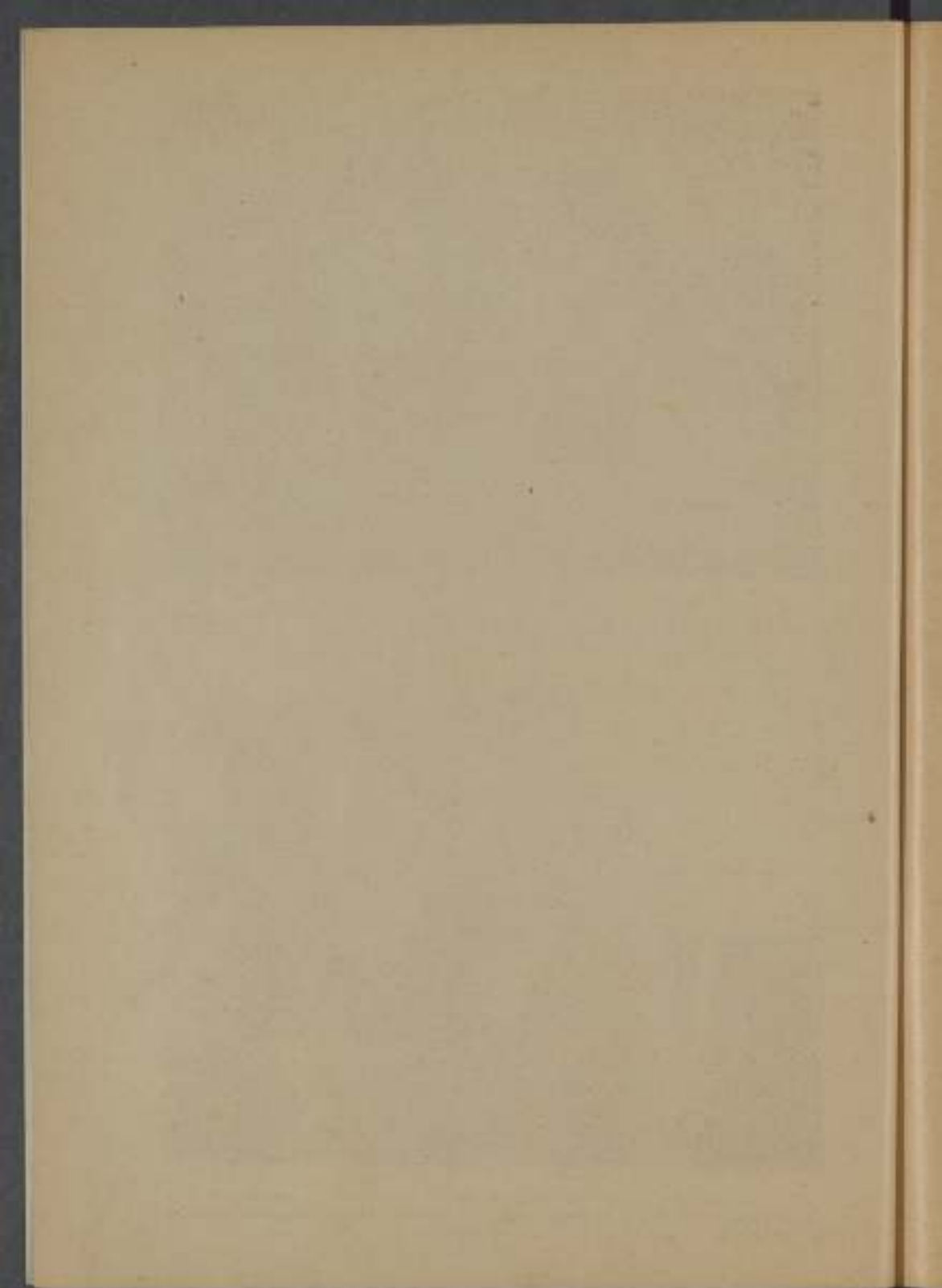
Una voz gritó su nombre desde la acera de enfrente. Era Courbet; muy excitado, el que gritaba, sor-



Remoto, fantástico, se elevaba el símbolo, rasgando la niebla matinal. Una gran melancolía dominaba sus corazonas. La separación estaba cercana.



La aventura empezaba. Ninguno de los dos sabía en aquel momento cuán próxima estaba la tragedia que amenazaría con truncar para siempre su felicidad.

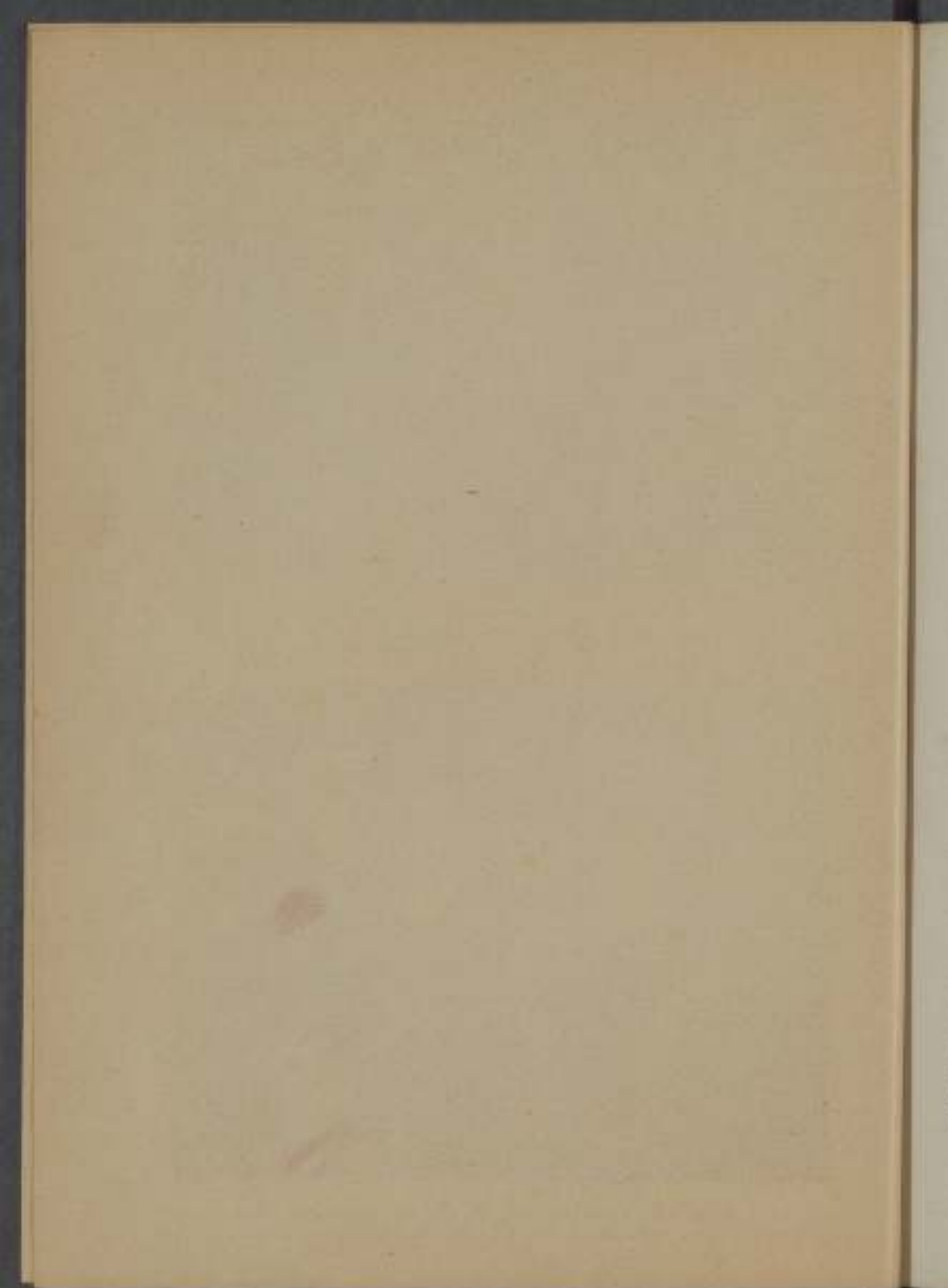




Hizo una seña a las tres huercanitas y la canción resonó en el jardín, cuyas hojas denunciaban el otoño de la gran ciudad.



Era demasiado complicada para él. Por un irrazonable amor propio, la inválida iba a hacer parecer la más cara de sus tueras.



prendiendo a los pacíficos ciudadanos que un hombre tan distinguido se relacionara con un pintor que hacía equilibrios al borde de un andamio.

—¡Miguel! ¡Miguel!

Algo muy trascendental debía acontecer para que empleara unos medios tan estentóreos. Se inclinó hacia él y escuchó sus palabras, que se confundían con el rugido del tráfico.

—¡Tengo que darle una buena noticia!

—¿Qué?

—He vendido uno.

Miguel advirtió con regocijo, que se sumaba al de la venta, que un policía se aproximaba a Courbet.

—¿Cuál de ellos?

—La mujer —y en vista de que no le entendía, esbozó una silueta significativa con las manos—, la he vendido por cien dólares—concluyó, con gran estupefacción de los transeúntes, que se preguntaban quién sería el desalmado personaje que se desprendía de su mujer por una cantidad tan exigua y sin motivos aparentes.

Courbet huyó despavorido y avergonzado al comprender la curiosidad de los peatones. Miguel se echó a reír y volvió a su trabajo silbando estrepitosamente. Había subido el primer escalón; había recibido el espaldarazo de artista. Sabía que el primer comprador es el difícil. Lo

demás vendría por sus pasos contados.

—Pero, ¿por qué está usted tan contento?—indagó su compañero.

—Porque soy pintor.

—Yo también —rezongó su interlocutor—, pero eso no me hace feliz.

Llegó el mes de julio y el día prescrito. Terry regresó a Nueva York por la mañana, con un himno de gloria en su corazón. Nunca le había parecido tan hermosa la ciudad ni tan fantásticamente suyo el Empire State. Ahora ya podía gastar sus economías y ponerse lo más bella posible en honor de Miguel. Entró en una conocida tienda de modas, que en pasadas épocas la había vestido. La directora del establecimiento acudió con una servil sonrisa en los labios.

—Miss MacKay, ¡qué sorpresa! ¡Bienvenida! ¡Qué guapa está usted!—dijo lanzando una crítica mirada a su seacillo y elegante vestido.

—No lo he comprado aquí—dijo percatándose de su intención.

La directora le guió hasta un sillón. Hízola sentar y siguió su parloteo cascabeleando en los oídos de Terry.

—¿Dónde ha estado usted durante todos estos meses?—insistió, pues conocía sus relaciones con Kenneth y achacaba la vuelta de la joven a que se habían reanudado.

—Fuera de aquí.

—Pues la hemos echado mucho de menos.

—Yo también la he echado mucho de menos. Miss Lane, desearía adquirir algo atractivo, sencillo, ¿comprende?, pero de gusto.

—Claro que sí — llamó a una oficiala —. Miss Webb, mire quien ha vuelto.

Y mientras su subordinada atendía y repetía más o menos las mismas palabras que la directora, ésta se encaminó a su despacho y marcó un número en el teléfono. Kenneth Bradley tenía que saber que Terry estaba en la tienda, por muchas razones, en especial porque el negocio es el negocio.

—Miss MacKay está aquí y nos estábamos preguntando si...

Las manos de Kenneth estrujaron con fuerza el aparato. ¡Terry había vuelto tan misteriosamente como se marchara! Hizo un esfuerzo por dominar el temblor de su voz y cortó las explicaciones de la modista:

—¿Que miss MacKay está ahí? Pues... dente... toda la tienda si lo pide, pero no la deje marchar hasta que yo llegue. No la preocuparé su crédito, ¿verdad?

—Sí... sí..., eso era justamente lo que nos preguntábamos. Ya sabía que lo comprendería usted. Se lo agradezco mucho.

Terry empleó un tiempo inverosímilmente breve en terminar sus compras y a pesar de las protestas de las

modistas, se levantó y avanzó hacia la salida. La directora le preguntó su dirección para enviarle el encargo y Terry sonrió perpleja y encantada. Eso dependía de Miguel.

—Pues no lo sé de momento. Tendré que llamarles por teléfono para decírselo. No creo que les moleste, ¿verdad?

Intentó pagarles el traje, pero la directora rechazó el porte. Terry supo a qué se debía la negativa; sin embargo, insistió y los billetes pasaron a las manos de la maravillada modista, mientras un rubor delicioso coloreaba el rostro de su cliente. Luego se despidió de ellas sin más embages y corrió precipitadamente a la calle. Eran casi las cinco y el Empire State quedaba un poco lejos.

—¡Oh, Ken! —exclamó con alegría—, ¿pero, qué haces aquí? ¿Cómo has sabido que estaba en la tienda? —acordóse de la desaparición de la directora y de la risueña expresión al despedirse—. ¡Ah, ah, comprendo! ¿Qué hora es, Ken? Se me hace tarde.

—Faltan cinco minutos para las cinco.

—Celebro volver a verte, Ken —dijo, tendiéndole la diestra.

—Yo también me alegro. ¡Tengo tantísimas cosas que habiarte! ¿No podrías ir a alguna parte a tomar un cocktail? —Terry rehusó la

invitación alarmada—. Pero es que yo tengo que hablarte.

—Ya nos veremos alguna otra vez —le consoló Terry para arrepentirse—. No, tampoco estaría bien, ¿verdad? Me voy a casar.

—Entonces es cierto que... —murmuró con tristeza Kenneth.

—Sí, Ken, pero se me hace tarde, ¿Qué hora me dijiste que era?

Miró otra vez el reloj y Terry, tras de una frase de despedida, se alejó corriendo en busca de un taxi, mientras Kenneth la seguía con los ojos, con una extraña envidia en el corazón. Un rápido taxi la condujo al cruce de la calle treinta y cuatro con la Quinta Avenida. Saltó del interior y tendió un billete al chófer.

—Ahorraré tiempo si me apeo aquí. Tengo prisa. Ahí tiene.

—¿Por qué esas carreras?—preguntó sorprendido el conductor.

—Porque voy a casarme y me gustaría que fuese usted el primero en felicitarme —recibió un tremendo apretón—. Agradecidísima.

El chófer meneó la cabeza. La juventud siempre sería igual. El, en sus tiempos, también había sido un polvorilla como su pasajera. De repente se crisparon sus facciones, lanzó un grito de aviso y entreabrió la portezuela. Chirriaron unos frenos y unos neumáticos. Cerró los ojos y notó que la gente pasaba, corriendo, hacia el lugar del accidente. Un sudor frío cubría su frente. ¡Pobre muchacha, tan llena de vida y de alegría! El destino a veces es muy cruel con los humanos. Ahora yacía como un muñeco destruido sobre el asfalto, mientras su alma se le escapaba...

CAPITULO VI

Dolor y sombras

Miguel daba nerviosos valses en la cúspide del Empire State. Cada minuto que pasaba se le antojaba que se había desplomado un siglo de fatigante espera. Miró su reloj. Eran las cinco en punto; dentro de un instante estrecharía entre sus brazos a Terry. Confiaba en que las parejas que a cada segundo depositaba el ascensor en aquel lugar no se maravillarían mucho de su expansión. Ninguna de ellas había tenido que soportar un tormento semejante al suyo. Encendió un cigarrillo y lo arrojó a continuación contra el suelo.

En la cartera llevaba dos pasajes para Madeira. Allí pasarían la luna de miel, junto a Janou. ¡Qué aguda era su abuela! Estaba seguro de que sabía lo que había de acontecer y que había imbuido a Terry la idea de aquella prueba. Como en sueños oyó que la puerta del ascensor se abría. Se apoyó en la jamba escrutando su interior. Todas las caras que en él había le eran indiferentes, perfectamente desconocidas. Natu-

ralmente, Terry, sería como las demás mujeres y le haría esperar algo.

—¿Hacia abajo?—le preguntó el muchacho del ascensor.

—No—replicó dirigiéndose hacia la barandilla.

Bien; gracias a Dios, todo había salido bien. El muchas veces había dado, en sus malos ratos, de salir airoso de su empresa. Se reía al pensar en ello. ¡Cuánta razón tenía Janou al asegurar que solamente era un chiquillo malcriado! Los seis meses pasados trabajando duramente le habían madurado y casi se podía decir que la intervención de Terry en su vida había sido providencial. Cuando más descarriado estaba, apareció ella y como una hada benígna le enseñó la verdadera senda en el bosque en que estaba perdido. Ahora ya era un pintor de relativa celebridad y le podía ofrecer algo más que unas manos inútiles y desocupadas. Hinchó su pecho satisfecho.

La sirena de una ambulancia que sonó en la calle, dominando el es-

trépito remoto de la circulación, no tuvo poder para sacarle de sus pensamientos. El ascensor subió de nuevo. Corrió hacia la puerta, olvidándose de que una ambulancia recogía a un desvalido. Tampoco llegaba en aquella ocasión Terry. Rechazó el ofrecimiento del mozo del ascensor.

—¿Hacia abajo?

—No —dijo encendiendo un cigarrillo—. ¿Puede decirme la hora que es?

—Las cinco y diez.

Agradeció entre dientes la información. Terry aún tenía tiempo. La esperanza iba haciéndose más y más remota a medida que el ascensor ascendía y bajaba con regularidad. El crepúsculo tiñó de rojo la cúspide "del edificio más alto". ¡Edificio más alto! ¿Acaso merecía otro teatro su tontería? No, no deseaba bajar. ¿Para qué? ¿Para enfrentarse con su amargura, para chocar con su soledad? Mientras estuviera allí algo del calor que le mantuviera hasta entonces le animaría. Cerró la noche y con ella se desencadenó una horrible tempestad sobre Nueva York. Miguel no percibía el tiempo desapacible. Encendía cigarrillo tras cigarrillo. Una rabia sorda rugía en su pecho. ¡Ja, ja, ja! ¡El cazador cazado! Le estaba bien por fiarse del amor...

—¿Hacia abajo?—le ofreció por milésima vez el mozo.

—Sí.

Entró en el ascensor con el corazón muerto para siempre. Un deseo repentino y agudo de huir de la ciudad, durante un tiempo por lo menos, hasta que el tiempo se cuidara de aliviar las llagas de su alma, aquel tiempo que tan apresado le había tenido en su seno. El vapor salía al día siguiente. En lugar de dos pasajeros, llevaría uno solo. El otro que se quedaba allí. ¡Jamás trataría de buscarla, ni de recordarla!



Hacia las nueve de la noche, o sea, en la misma hora en que Miguel abandonaba, descorazonado, el Empire State, Kenneth Bradley, gracias al cual Terry había sido llevada a aquella clínica, después de haber sido avisado del accidente, salió de la estancia donde la joven estaba albergada y se reunió con los tres médicos que había hecho llamar en consulta.

Los semblantes de los doctores expresaban una gravedad y preocupación que nada bueno auguraba en lo futuro para Terry. Kenneth trató de borrar la preocupación que le dominaba y se encaró con el director del establecimiento:

—Doctor, ¿qué opina usted? —preguntó sin dilaciones.

Este estudió su rostro antes de decidirse a responder. Kenneth le parecía un joven sensato y viril, que

soportaría la mala noticia con paciencia.

—La radiografía no es muy alentadora —anunció para prepararle para lo que seguiría—. No se puede saber si aún volverá a andar. Lo sabremos dentro de seis meses. ¿Es usted el joven que llamaba durante la acción de la anestesia?

¡Ojalá lo hubiera sido! Se hubieran evitado una tragedia más. Terry se obstinaba en que no avisaran a Miguel y él a duras penas podía obedecerla.

—No, esa es otra persona. Precisamente se dirigía a casarse con él.

—¿Y se lo han notificado?

—Ha mandado que no se hiciera... porque... dice que hasta no conocer su opinión, prefiere que él... no lo sepa —aclaró Kenneth con dificultad.

—Eso es pensar con la cabeza. Buena chica.

A Kenneth se le formó un nudo en la garganta al escuchar la alabanza del médico. Tragó saliva con esfuerzo y aclaró su voz.

—Yo así lo creo —saludó a los médicos—. Perdóneme.

La habitación en que sufría Terry era tormento mucho mayor que el corporal estaba alumbrada suavemente por unas lámparas con las pantallas bajadas. Los pómulos de la herida tenían las rosetas de la persona que sufre fiebre alta. Sentado junto al lecho había un sacerdote

que se habían apresurado a llamar temiendo un trágico desenlace. Las palabras de Terry, hablando con el murmullo de los que deliran, sonaban quejumbrosas. No se dio cuenta de la entrada del joven hasta pasado un rato.

—No teníamos ninguna seguridad de estar hoy aquí con usted—dijo el cura para confortar su desamparada alma.

El dolor le hizo morderse los labios. Sus ojos se clavaron en Kenneth, que pudo sorprender, a través de las lágrimas de sufrimiento, una luz agradecida.

—Este es el hombre que... él y yo...

—Sí, ya me lo ha explicado—dijo el sacerdote, posando una mano sobre su ardorosa frente.

—Entonces sabrá que iba a casarme en aquél momento —sollozó Terry, obsesionada—. Cuando estaba en camino de ser... dichosa... fui atropellada en la esquina de las calles treinta y cuatro y quinta...

Dos gruesas lágrimas resbaláron por sus mejillas y enmudeció, para proseguir después:

—...La culpa no ha sido de nadie más que mía... Estábamos citados... cerca de allí... y temía hacerle esperar...

El cura y Kenneth cambiaron una mirada de impotencia. Era inútil mandarla callar. Quizá de aquel modo encontrara alivio a su tristeza.

—¡Oh, hubiera sido magnífico! Me refiero al matrimonio... a los niños... —exhaló un quejido y su cabeza se agitó convulsivamente—. Perdóneme, padre... estoy algo débil. No hago bastante ejercicio.

Este intento de humorismo pudo más que Kenneth. Cogió su sombrero y tras de una despedida silenciosa con el sacerdote se marchó a la calle en busca de tranquilidad y suplicando al cielo que le diera la posibilidad de hallar la pista de Miguel.



El viaje de regreso emprendido por Miguel hacia Madeira fué un continuo tormento, únicamente resistido por la idea de que le aguardaba su abuela y que éste, poco o mucho, le hablaría de Terry. Ya había renunciado a borrar su recuerdo de su corazón. Era más fuerte que él mismo, que la vida y que la muerte. Janou sabría comprenderle y con sus prudentes palabras vertería poco a poco el bálsamo que necesitaba su alma.

Lo que haría después era un enigma para Miguel. Prefería no tener que adentrarse de nuevo en la sociedad y emprender su antigua forma de vida. Cuidaría a su abuela hasta que ésta exhalara su último suspiro y luego permanecería en la isla cuanto tiempo fuera capaz antes de embarcar hacia América, a la que

era indudable que volvería. Sobre este extremo no quería engañarse. De todas las maneras, la experiencia pasada, a pesar de ser tan cruel, había tenido un valor innegable; le había enseñado que el trabajo es el mejor de los estupefacientes para el alma y que gracias a él un hombre puede encontrarse a sí mismo, o por lo menos lograr la paz relativa de la que tan necesitado estaba.

Casi con alborozo vió como surgía la isla de Madeira en el horizonte, denunciándose por la cúspide de la montaña en la que existía la casa encantada. Cuando le llegó el turno de desembarcar, dejó su equipaje al cargo de un mozo y subió apresuradamente hacia la casita.

La rara paz que siempre le maravillara parecía haber aumentado durante su ausencia. Las palomas revolotearon cuando pasó junto a ellas. La silla de su abuela proseguía en su sitio acostumbrado. Sonrió tristemente al pensar en el asombro de Janou. Debía estar en la capilla. Penetró en el salón y gritó alegremente para atraerla:

—¡Janou! ¡Janou! ¡Janou!

El silencio acogió su acento. Esperó unos minutos y luego se encaminó hacia la capilla. El corazón se le heló. Una nueva cruz permanecía vigilante y señera sobre una tumba cercana a la de su abuelo. Tardó bastante rato antes de descifrar su significado. Después tornó al salón

y miró los objetos familiares. El destino era demasiado cruel. Le arrebató el último bien que tenía. El piano estaba cerrado y en la mesita de té ya no había flores.

Emil entró con la triste mirada de un animal golpeado. Le alargó un paquete.

—Señorito Miguel, me dió esto para que lo enviara. Lo iba a echar hoy al correo. Dijo que era para aquella joven que estuvo aquí con usted.

Miguel desdobló el paquete sabiendo de antemano de qué se trataba. El chal se desplegó y los antiguos encajes exhalaban el perfume de su anciana dueña. Con un impulso lo estrujó entre sus manos y

estuvo a punto de arrojarlo contra el suelo, pero se contuvo pensando que sería ofender el recuerdo de su abuela. Lo depositó en la mesita. Fuera lo que fuera, jamás lo poseería Terry. No era digna de él.

¿Qué encanto tenía aquel nombre? Todo parecía vibrar al pronunciarlo. Había estado junto al piano, cantando con su hermosa voz la melodía interpretada por Janou. Fué hasta el instrumento y pasó su mano por la pulida superficie. ¿Cómo decía la canción?: "Las penas de amor duran toda la vida y los placeres del amor un instante".

Asustado por la visión, huyó hacia la terraza en busca del apoyo y la seguridad de la luz solar.

CAPITULO VII

Encuentro inesperado

Otoño, la estación que resulta más hermosa en la gran metrópoli norteamericana, reinaba en el jardín de la clínica. Esta suave estación había traído el consuelo, ya que no el olvido, al corazón de Terry. Ya se levantaba y hasta le era permitido pasear por el inmenso parque que rodeaba a la benemérita institución en un cochecito de ruedas impelido por una enfermera. Poco faltaba para que llegase la época en que conoció a Miguel y asimismo pronto saldría de la clínica y esperaría ansiosa el dictamen de los galenos. Mientras tanto, no tenía otra ocupación que sus pensamientos y su música y las visitas diarias de Kenneth.

Sus relaciones con este joven la preocupaban. Bien sabía que Kenneth no osaba declararle su amor por temor a que lo estimara compasión y también conocía que gracias a él recibía los cuidados que necesitaba. Y aunque no la humillara este dependencia, nada agobiadora por otra parte, no concebía la idea de seguir aceptándola. Para ello

necesitaba una oportunidad, un empleo, nada fácil de hallar dado su estado. Sus piernas se negaban a sostenerla, sea por debilidad y falta de ejercicio, sea porque en realidad no pudiera volver a emplear el medio natural de locomoción. Por más que rebuscaba en su imaginación, no daba con la forma de servirse por sí misma.

Casi tan pavoroso como este problema era la constante presencia de Miguel en cada acto que ejecutaba, tanto, que incluso llegaba a cohibirla. ¿Cómo habría acogido su supuesta traición? ¿Qué habría hecho? No se había preocupado de ella, pero inmediatamente borraba este pensamiento egoísta: la única culpable en todo el asunto era ella, por haberse opuesto a los deseos de Kenneth y no haber llamado a Miguel.

La enfermera empujó el cochecillo y se detuvo bajo un grupo de sauces llorones, próximos a la escuela vecina. Aquella era la parada obligada de Terry todas las tar-

des. La enfermera conocía esta costumbre y la abandonó para ir a buscarla más tarde.

Varios chiquillos se subieron a la valla y desde allí la saludaron.

Correspondió ella y charlaron unos momentos, hasta que tres chiquillos saltaron el obstáculo y se la acercaron.

—¿Qué tal, señorita MacKay?

—Cómo se encuentra?

—Muy bien, ¿y vosotras?

Terry acarició la cara de una de las pequeñas, chata y llena de pecas, que se ruborizó al ser preferida.

—¿Cómo estás tú, Patsy-Jane?

—Bien—respondió la aludida, con un terrible acento irlandés.

—Le he puesto unas enaguas de franela encarnada—dijo a continuación Patsy, refiriéndose a una muñeca.

Terry la felicitó por su cuidado y la pequeñuela se entusiasmó:

—Tendrá menos frío.

—Apuesto a que sí—alabó otra vez Terry y refiriéndose al trío, preguntó—. ¿Habéis ensayado la canción?

Este era el motivo de las cotidianas visitas de Terry a la valla. Les enseñaba canciones y estaba decidida a formar un buen coro con toda la escuela. Las tres niñas tenían una disposición asombrosa para el canto y ella se enorgullecía de ello.

—Sí—le respondieron los niños desde la valla, mientras sus condiscípulos les ordenaban que callasen.

Terry les saludó a todos por su nombre. Estaban desamparados como ella misma, a merced de la caridad del prójimo. Terry llamaba escuela a lo que no era otra cosa que un orfelinato. Cuando se acabó el clamor de las preguntas sobre su estado, ordenó:

—Vamos, vamos a cantarla. Yo también la he ensayado. Aguardad a oírme. Uno, dos...

Una alegre cancioncilla fué transportada por la brisa de la tarde al edificio del orfelinato. El superintendente levantó sorprendido su cabeza, semejante a la de un pelicano, y escuchó unos segundos. Las voces cantaban indudablemente bien. Nunca creyó que sus pupilos fueran capaces de semejantes cosas. Pausadamente salió al patio y se ofreció a sus ojos un tenderete de piernas que llevaban el compás golpeando la valla con los pies, mientras que las cabezas de sus poseedores se proyectaban hacia delante.

—¡Que la canten otra vez! —gritó el infantil concurso—. ¡Otra vez!

—¡Claro que la cantaremos otra vez—aseguró Terry—. Uno, dos...

Pero la interpretación duró unos instantes. Un chiquillo dió la voz de alarma y todos se escaparon, como gorriones asustados, lejos de la

persona del superintendente. Únicamente las tres amiguitas de Terry aguardaron decididas, aunque temblorosas, a que el terrible personaje saltara la valla y pisara el césped en dirección de su protectora. El superintendente las despidió con un gesto y no habló hasta que estuvieron solos. Sus ojillos desaparecieron en sus mejillas al ser contorsionadas éstas por lo que a duras penas merecía el nombre de una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevan ensayando?

—Sólo unos cuantos días —dijo Terry que, sentía que el miedo de los niños se le había transmitido y no quería comprometerles—. Espero que no se haya enfadado.

—¡Oh, no, no! —protestó el superintendente—. Pero cuando se tiene que estar al cuidado de tantos niños, todas las precauciones son pocas.

—Ya lo sé. A mí me encantan.

—Y yo les quiero, pero ellos no me quieren a mí —comentó con melancolía—. Suelen llamarme "Cascarrabias".

Con gran dificultad se tragó Terry las carcajadas que se le escapaban. No es tan fiero el león como lo pintan. A pesar de su dulce voz y de sus bondadosos hechos, jamás había visto un rostro tan repulsivo como el de su interlocutor.

—Los niños tienen un corazón salvaje —siguió diciendo éste, que

por lo visto estaba en vena de confidencias—, pero la música tiene sus encantos y claro está que ejerce sobre ellos gran influencia... y teniendo en cuenta esa influencia y, viendo que ha logrado usted hacer tanto en tan pocos días, estaba pensando...

Se pellizcó pensativo el labio inferior. Terry adivinaba lo que iba a seguir. Su antigua suerte renacía. Hasta entonces se había atormentado por una cosa que se le ofrecía sin dificultad. Y aquella, la que vislumbraba, era precisamente la solución de su conflicto.

—Quisiera saber si era lo mismo que yo he pensado. La música es encantadora, yo quiero a los niños y los niños me quieren a mí... Además, pronto habré de salir de aquí y cuando lo haga necesitaré en seguida un empleo.

—Sería solamente a título de experimento.

—Ya comprendo—aprobó Terry.

—No podríamos pagar un...

—Ya lo sé. Me pagará usted lo necesario para que no le llame "Cascarrabias".

La absurda sonrisa del superintendente volvió a conmover sus facciones.

—Sí —Terry había triunfado—. Quisiera darles una sorpresa, así es que usted no les diga nada que yo tampoco lo diré.

—No diré una palabra.

Un chiquillo sacó la cabeza por el borde de la valla y gritó:

—No se lo diremos a nadie —y muchos más niños le apoyaron—: Sabemos guardar un secreto.

—Ya lo veo—comentó Terry riendo.

Miguel volvió a Nueva York pocos días antes de Navidad. La ciudad estaba cubierta de nieve, sobre la que los automóviles patinaban peligrosamente, y en las calles se notaba el apetreco que precede a los días de Pascua. Todas las personas pasaban charlando animadamente, todos los establecimientos estaban repletos, por todas partes, a pesar del frío, reinaba la alegría y la animación, salvo en el corazón de Miguel que llenóse de soledad al ceder a la tentación de tornar a mirar el Empire State.

Se paseó sin rumbo entre la gente, contemplándola con envidia. Por fin determinóse a tomar una dirección definida y fué a casa de su antiguo amigo Courbet. Le había mandado abrir una exposición en su nombre con los cuadros pintados durante su retiro en Madeira. El anciano le recibió con cordialidad e inmediatamente le hizo pasar a la sala. Ante un coñac añejo charlaron del arte, de la pintura y de los cuadros de Miguel.

—Debo reconocer que ha mejo-

rado usted mucho como pintor, amigo mío.

—Puede que se deba a que ha mejorado usted como crítico—le replicó medio en broma.

—¡Seis meses de incesante trabajo...! Celebro que no haya perdido usted el tiempo, Miguel.

Le acompañó a dar una vuelta por la estancia, mostrándole las telas que adornaban las paredes. Miguel se quedó en suspenso ante un cuadro suyo en el que estaba retratada Terry, arrebujaada en el blanco chal, y en el fondo, como a través de una nube, se veía la figura de su abuela ofreciendo sus brazos a la joven. Courbet dió un golpecito en el marco:

—Los he vendido todos menos éste. Les dije que lo retiraran de la sala en el momento en que usted me telefoneó.

—Gracias—dijo Miguel apartándose de su obra.

—Creo que éste es el mejor, sin duda—anunció el vendedor, andandole tras él.

—Yo mismo no ve avergüenzo de haberlo pintado.

—Pero, ¿no quiere usted venderlo?

—No, no quiero venderlo... —replicó Miguel con cierta impaciencia—. No me importaría regalarlo, pero no me gustaría aceptar dinero por él.

—Creí que tal vez deseaba usted

conservarlo porque acaso tenga que ver con un corazón destrozado.

Miguel le dió la espalda por un momento, esquivando su aguda mirada. Como todos se asombraba de la metamorfosis; apenas hacía caso a las mujeres y se había vuelto retraído y silencioso. Se rió con amargura:

—¡Oh, no!... Lo del corazón destrozado no es para mí. La vida lo modela uno a su gusto, Courbet... —aseguró con aplomo y doliéndole la mentira—. De ahora en adelante pienso divertirme todo cuanto pueda. Bueno, no tardaremos mucho en volver a vernos. Hasta pronto. Felices Pascuas, Courbet.

—Yo también se las deseo, amigo mío.

En su hotel recibió una llamada telefónica de Luisa Clark. Le aseguró que no sólo no le había olvidado, sino que había pensado en él a todas horas. Miguel experimentó repugnancia ante su franqueza. Luego añadió:

—¿Qué? Sí, ya sé que has estado muy ocupado, pero esta noche sí podrás ir al teatro. Bueno, te dejaré una entrada en el hotel.

Como le era indiferente, y tal vez para acallar su tristeza, aceptó la invitación. El curso irrefrenable del destino dispuso que aquella misma noche saliera por primera vez Terry e invitada por Kenneth entró en el mismo teatro.

Durante la representación y debido a que Kenneth había tomado unas butacas laterales para que Terry fuera molestada lo menos posible, ninguno de los dos jóvenes pudo distinguir al otro. Al terminar la obra Miguel salió al pasillo, llevando del brazo a Luisa:

—¿A dónde vamos ahora?

—Pues, eso debes decirlo tú. Después de todo, esta noche eres tú el que mandas.

—La verdad es que no sé dónde podríamos ir. Acabo de llegar y no sé.

Luisa notó que la mano de Miguel se crispaba en su brazo hasta hacerla lanzar una exclamación de dolor. Terry miraba al joven yerta de asombro. ¡Era Miguel vivo, real, como jamás se había atrevido a imaginarlo y estaba allí, mientras ella esperaba que la sala se vaciase para poder salir en su sillón de ruedas! ¡Qué ironías las del destino! Miguel había palidecido y sus pies habían echado raíces en el alfombrado pasillo. Ni un huracán hubiera sido capaz de moverle. Lo que no digan los ojos de dos enamorados, apartados por un mal entendido, no será capaz de expresarlo el más voluminoso tratado de psicología humana.

Miguel sacudió la especie de sopor que le enturpecía y se inclinó, al mismo tiempo que Kenneth, para recoger el bolso que se

le había caído a Terry. Kenneth intuitivamente conoció quién era el que se agachaba y no insistió. Las manos de Terry y de Miguel se rozaron durante un segundo y poca paz dió al alma de ambos el contacto.

—Hola—saludó Terry como en sueños.

—Hola—repitió mecánicamente el joven.

Tras lo cual, con un violento esfuerzo de la voluntad, tornó a asir el brazo de Luisa y salió de la sala sin volver la cabeza. Kenneth tuvo impulso generoso e intentó levantarse del asiento:

—Déjame decírselo...—suplicó.

—No, no.

—Iré a buscarle.

—No.

—Es una desgracia —airóse Kenneth—. Es la primera vez que te decides a salir y has de encontrarte con él.

Terry abrió las manos manifestando su impotencia y su resignación. Hurtóle su faz y sacudió sus hombros.

—Bueno, se terminó la función. Ya se han besado el galán y la dama. ¿Nos vamos?

Levantóse su acompañante e hizo una seña a un acomodador, que llevó rodando el asiento de Terry. Poco más tarde, envuelta en una cálida manta y sentada en el interior del estupendo automóvil de Ken, re-

gresaba a un hogar, que, tras del encuentro anterior, se le antojaba espantosamente desahuciable. Así lo comprendió el joven, pues dijo:

—Es triste llevarte a casa cuando todos van a divertirse. Voy a preguntártelo una vez más... ¿Por qué no permites que te ayude?

Terry le acarició la mano.

—Y yo te voy a contestar una vez más. Si yo te dejase pagar los gastos de mi restablecimiento, a él no le gustaría y, en ese caso, a mí tampoco. Y si tú logras que yo me pusiera bien y me casase con él, a ti tampoco te gustaría.

La cuestión expuesta de tal forma era un círculo vicioso. Kenneth, no obstante, sabía que tenía un punto flaco: la insistencia de Terry en rechazar sus ofrecimientos para informar a Miguel de su estado.

—Entonces no hay más solución que decírselo.

—No, porque si él se enterase, estoy segura de que querría remediarlo... y si no consiguiera curarme, él se disgustaría, tú te disgustarías, yo me disgustaría y terminaría todo en una tragedia —acalló la protesta de Kenneth. Sabía que estaba siendo orgullosa y no se avergonzaba—. No... hasta que no pueda ir andando a verle, y al decir andando quiero decir corriendo, no lo sabrá. Tengo un empleo, voy mejorando y si todo me sale a mi gu-

to, y soy buena chica... puede que obtenga lo que deseo en Navidad.

Sin quererlo, había pronunciado las mismas palabras que a Miguel en una noche memorable; incluso, la ligera burla que las cerraban era idéntica. Más esta vez era sincera y tenía el presentimiento de que algo muy grande y muy hermoso premiaría el día del Nacimiento del Señor.

El fortuito encuentro, en lugar de encender su optimismo, como ocurrió con Terry, había dejado a Miguel en absoluto abatido. Inútil fué que luchara por recobrar la apacibilidad que había disfrutado durante toda la velada. Su mente repetía el "¡Hola!" de Terry con la monotonía de una gota de agua que cae tras otra gota sobre la piedra y temía que los efectos fueran iguales a los del agua y consiguieran horadarle el corazón y volverle loco.

¡Qué dulcemente bella era Terry! Era estéril querer alimentar un odio que en verdad no sentía, cuando todas las potencias de su ser reclamaban implacables tornar estar con ella, escuchar su voz, embriagarse con su perfume y ver efectuado lo que ni en sus horas de debilidad había sido capaz de confesarse. ¿No obtendría la serenidad jamás? Además, Terry iba con un hombre, que no sería otro que Kenneth. Con qué tranquilidad había contestado a su estúpido saludo. ¿Se habría casado?...

Fué hablando maquinalmente con sus compañeros de teatro. Rogó a Luisa que le dejara en el hotel y poco más tarde el automóvil frenaba frente a su alojamiento. Se inclinó en la acera para estrechar la mano de su pretendiente.

—Gracias, Luisa. Buenas noches.

—¿De veras no tienes ganas de acompañarme? Hace una noche tan tranquila y bella...

—No, os lo agradezco. Saldremos en otra ocasión —declinó—. Felices Pascuas a todos.

—Felices Pascuas—le respondió la pareja, mirándole sorprendida por su rara expresión.

Se apartó para ver alejarse el automóvil. Antes de que esto hiciera, Luisa abrió la portezuela y le preguntó resignada:

—No he tenido una idea feliz llevándote al teatro, ¿verdad, Miguel?

La sincera respuesta del joven cerraron para siempre la oportunidad de reemprender sus relaciones:

—No, no... Felices Pascuas, Luisa.

—Felices Pascuas, Miguel.

Miguel huyó de su hotel. Necesitaba el contacto de la gente para desvanecer sus sombrías ideas y al unísono estar sólo y sin que nadie le turbase. Se subió el cuello del abrigo y echó a andar por las aceras, en las que las personas pululaban. La vida del hombre es un círculo: ¡Vuelta, siempre vuelta a

empezar! Un círculo fatigoso del que era imposible fugarse.

Tropezó con varias personas y masculló unas disculpas. Se detuvo en la esquina, sin saber qué hacer ni a dónde encaminarse. Un hombre borracho cargado de paquetes y llevando un árbol de Navidad, se le acercó y con la garrulería de los ebrios, le preguntó:

—¿Qué te pasa amigo, te sientes melancólico?

—Sí.

—Tú no sabes lo que son las penas. Fíjate en mí... —le ordenó, sacudiendo su agobiadora carga—. Vivo en la calle ciento ochenta y seis y no me permiten entrar en el "metro".

Arrancó el soporte del árbol y siguió su camino tambaleándose. ¡Hasta los borrachos le tenían que dar lecciones de conformismo! Pero las penas, como las llamaba el beodo, las penas morales, son algo que no se apagan ni con el vino. Necesitan entera satisfacción o huir de su causa primera y eso era lo que iba a hacer, si tenía el vigor suficiente para soportarlo.

El día de Navidad no amaneció muy benigno para Terry. Las piernas heridas le dolían terriblemente. La humedad de la noche anterior le había afectado, amén de su depresión nerviosa. No obstante, recibía con alegría las amonestaciones del médico.

Llamaron a la puerta del piso y acudió la casera a abrir. Era el superintendente, que penetró en el saloncito rodeado por un tropel de chiquillos que alborotaban y gritaban alborozados. "Cascarrabias" impuso silencio como le fué dado a entender y entonces pudo saludar a la dueña de la casa de huéspedes.

—Buenos días —respondió ésta, agregando—. Hoy no se encuentra muy bien.

—¡Oh, qué lástima! —se lamentó el buen hombre, haciendo una seña a sus huéspedes para que comenzasen a marcharse.

—Pero ha dicho que quería verle. Pase.

Hizo lo que decía. Los niños se le adelantaron y entraron silenciosos y asustados en la alcoba de Terry. Se cambiaron las felicitaciones de ritual y cuando se terminaron los besos, los reunió en torno a su cama.

—Tengo que daros una mala noticia. El doctor dice que no puedo ir —los niños demostraron su desilusión de diversas maneras y en ellas encontró fuerza para solicitar—: Escuche, doctor, podría estar de vuelta dentro de un par de horas. Se trata de la función de Pascua. Es la primera vez que actuarán en público y yo soy su maestra.

A un diablillo de pelo rizado y grandes ojos negros le pareció que

el título no era suficientemente pomposo y corrigió:

—Es nuestra entrenadora.

—Doctor...—rogó el superintendente.

El médico acarició las cabezas que le rodeaban y se inclinó hacia ellas:

—Si fuera perjudicial para ella, vosotros no queríais que fuera, ¿verdad?

—No.

—Escuchad; en realidad no os hace falta el piano. Podéis cantarla una vez sin mí —les explicó Terry—. En la única parte que podríais equivocaros es al principio y Aloysius conoce el tono de "do" hasta dormido, ¿verdad, Al?

Al era el chiquillo que había apuntado el calificativo anteriormente. Al escuchar la alabanza de Terry, adelantó unos pasos y aseguró:

—Claro.

—Vamos... cántalo.

Aloysius meditó unos segundos y lanzó el tono deseado. Terry le aplaudió.

—¿Lo véis? Listos, uno, dos...

—pero se detuvo—. ¿Dónde está Patay Jane?

—Le dolía la garganta. Y no puede salir al escenario.

Sus compañeros de orfelinato la hicieron aparecer del sitio en donde estaba escondida, como si su molestia fuera una vergüenza. Llevaba un traje nuevo, cuyo aspecto enter-

neció a Terry. El superintendente le guiñó un ojo.

—¡Oh!... Ven querida —la besó—. ¡Qué vestido más bonito!

—¿Qué tal, señorita MacKay? —preguntó con la voz ronca.

—¿Tienes ganas de salir al escenario? Pues ya te diré lo que debes hacer. Tú sales como si nada, con todos los demás y simulas que cantas. Sólo de mentirijillas. Así...

—Terry abrió y cerró la boca sin emitir ningún sonido—. Ya verás como nadie se da cuenta.

—Gracias, señorita MacKay.

—De nada, cariño —se encaró con el coro e hizo una indicación a Al—. Ahora, vamos, anda —Al cantó la nota—. Uno, dos... No, no muy fuerte, que arriba duerme un niño. Uno, dos...

El coro interpretó su programa con una sencilla maestría que conmovió a las personas mayores que le escuchaban. Terry había hecho milagros. Aplaudió a sus alumnos acompañada del doctor y del superintendente. Estaba muy excitado y no le convenía. Así lo dijo el doctor al director del orfelinato.

—¿Véis cómo no me necesitáis? Ahora, andando. Salid a luchar por los honores que le corresponden a nuestra institución.

Al marcharse los chiquillos la casa se quedó silenciosa. Terry ahogó un sollozo con valentía y llamó a la casera.

CAPITULO VIII

El regalo de Navidad

Terry fué transportada a la salita que era su acostumbrado sitio de recreo y de trabajo. La fría luz de diciembre entraba por amplio ventanal. No se oía en la casa rumor alguno; todos los habitantes habían salido a celebrar los ritos de Pascua y solamente la dueña de la casa de huéspedes quedaba para atenderla.

Colocaron a la joven en un diván y la casera cubrió sus piernas con una manta, con grandes muestras de cariño. Puso al alcance de Terry un libro y corrió las cortinas.

—Bueno, ésta sí que no es una Pascua muy divertida para usted, ¿verdad?

—No, creo que no.

—Tenga—dijo la casera, ofreciéndole un almohadón y poniéndoselo tras de la espalda.

—Gracias.

—¿Está usted cómoda?

—Sí, estoy muy bien.

—Si necesita algo no tiene más que llamar.

—Está bien.

La puerta se cerró, dejándola enteramente sola. Terry abrió el libro y sus ojos erraron sobre las páginas sin poner atención en la lectura. Sin querer, mejor dicho, sin advertirlo, escuchaba los sonidos de la casa desierta. ¡Dios mío, qué abandono más grande el de ella! El fuego del hogar crepitó alegremente. Tal vez sería aquella la última Navidad que transcurría de aquella manera. Su imaginación empezaba a desbordarse, cuando un rumor de pasos en el corredor la distrajo.

—¡Miguel...! —exclamó, como si el mundo se derrumbara en torno suyo.

Efectivamente, era el joven. Terry notó que un miedo vergonzoso, el miedo de estar sola, abandonada a sus escasas fuerzas, el miedo de que Miguel descubriera su desgracia, la sobrecogía. Miguel se paró junto a la cerrada puerta y la observó con avidez; a continuación, fué hasta ella la estrechó la mano:

—¡Hola! ¿Cómo te encuentras, Terry?

—¡Qué alegría de verte!

—Sí, también yo estoy muy contento—dijo con un relámpago en las pupilas que no anunciaba nada bueno.

Depositó su sombrero y el abrigo, junto con un paquete, en la silla cercana al piano, y curiosó por la estancia. Terry ocultaba sus piernas y deseaba dar a su cuerpo una soltura casi imposible, dada su posición. Miguel tecleó con los dedos en la tapa del piano y se encaró con ella. Un impulso cruel, un deseo de venganza le había llevado hasta allí y no cejaría en él, aún cuando su corazón aspirase a lo contrario.

—¿Te encuentras bien?

—¡Oh, sí, muy bien! —aseguró Terry y explicó seguidamente—: Estaba descansando.

—¡Magnífico!

—Ha pasado mucho tiempo...

—Sí, sí, ya lo creo.

—Celebro volver a verte.

—Sí, ya lo dije antes —prorrumpió con sequedad Miguel y señaló el borde del diván—. ¿Me permites?

Le dejó sitio Terry, corriéndose contra el respaldo cuanto le fué posible. El tormento sería doble: Miguel estaría rozando el origen de su drama y además no le era permitido estrecharle entre sus brazos.

—¡Oh, sí, siéntate!

—Sólo estaré un momento, ¿Es-

tás segura de que no te importa? Apuesto a que estás pensando cómo he llegado aquí —se levantó y fué a sentarse junto a la puerta—. Estaba buscando en el listín de teléfonos a un hombre llamado Mac Bride, cuando vi el nombre de Terry MacKay. Entonces me dije: "Puede ser que sea Terry, mi vieja amiga"...

—Y aquí me tienes—confirmó Terry. Pero, ¿qué necesidad tenía de mentir, de contarle aquella mentira a ella, sabiendo que había buscado en el listín adrede? Miguel no conocía la verdad; de otra forma se hubiera comportado de saberla.

—Sí —aprobó Miguel—. Después me volví a decir: "No has sido muy amable con la señorita Mac Kay. Hace tiempo te citaste un día con ella y... aún te estará esperando". No ha sido un modo muy correcto de tratar a una vieja amiga, ¿verdad?

—No—respondió Terry, sin alcanzar a comprender la intención de su relato.

—Así que pensé... debía excusarme... y aquí estoy.

O Miguel no había acudido a la cita, como aseguraba, o algún oscuro propósito llevaba en su visita. ¿Por qué parecía gozar en hacerla sufrir? Había cambiado mucho; pese a su humorístico acento, se adivinaba una gran tristeza bajo la superficie de sus palabras. Tenía al-

gunas canas en las sienes y sus manos se agitaban excitadas. ¿Por qué había de soportar aquel martirio? ¿Por qué?

—Te lo agradezco—Miguel observó que cerraba los párpados porque las largas pestañas rozaban sus mejillas.

Un goce monstruoso se apoderaba de él. Ahora cobraría minuto tras minuto sus meses de prueba. No quería herirla y aumentar su vergüenza, sólo deseaba que se percatara de su agonía y que sus irónicas frases, fingiendo, lo narraron diáfananamente.

—Sí, lo supongo.

—Muchas veces he pensado en ti y cómo estarías.

—¿Has pensado de veras? —repitió con incredulidad—. Bueno, yo también he pensado en ti a menudo. ¿No te habrás enojado porque no acudí a la cita, verdad?

—¿Tú crees?

—¡Ah! —la amenazó con un dedo—. Al principio lo estarías.

—Sí, lo estaba —exclamó con veracidad Terry—. Lo estaba. Al principio estaba furiosa. Me dije: "¿Cómo se ha atrevido a hacerme esto a mí? Pero, ¿quién se ha creído que es?".

Miguel estaba convencido ahora, absolutamente cierto de que Terry le había traicionado. La afirmación de la joven había disipado sus úl-

timas dudas y esta seguridad ahondaba su desgracia.

—¿Y cuánto tiempo... cuánto tiempo esperaste?

—Pues, déjame recordar... Esperé hasta la...

—¿Media noche? —sugirió—. Y, después, ¿qué hiciste?

—Pues, estaba muy enfadada. Esperar allí arriba...

—Y con una tempestad—agregó Miguel.

—Sí.

—¿Y entonces, qué es lo que te dijiste?

¿Qué estéril era aquella conversación! ¿A qué seguirla? Terry hubiera preferido que Miguel desapareciera para siempre, que la dejara en paz, que no destruyera el único recuerdo que la mantenía valiente...

—Pues, entonces, me dije: "¿Por qué no te vas a casa y te alegras?".

Miguel rió sin ganas y apretó sus manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡Oh, oh! ¿pero no lo harías?

—¿Que no?

—Puede que tomaras una copa, de vez en cuando durante un mes.

—¿Podrías culparme?

—Pues, claro que no —la sonrisa desapareció—. Lo menos que podías haber hecho... —dudó y siguió con dificultad—, era enviarme un recado.

—Pero, tal vez cuando pensaste

en ello, no supiste dónde podrías encontrarlo.

Aquello no era una excusa, era casi un insulto a su dignidad. "Empire State, el edificio más alto de América, a las cinco en punto...".

—Pero —refrenó su anhelo de hablar con franqueza—, tú juraste que si no volvías a verme... indagarías. ¿No lo hiciste?

—No. Recuerdo muy bien que nos habíamos citado para aquel día... que si uno de los dos no aparecía sería porque hubiera alguna razón.

—¿Cuál podía haber sido?—exclamó con avidez latente bajo su máscara de ironía.

Terry la notó e hizo un gesto anodinoso. Las lágrimas, que al principio de la entrevista había estado a punto de derramar, habían dado paso a una férrea decisión de no dejarse vencer. Resultaba demasiado sencillo contar ahora la causa de todo, pero la conversación sostenida con Kenneth en el automóvil de éste la puso sobre aviso y dejó pasar la ocasión.

—Y que el otro no debería hacer preguntas. Creo que siempre son... La vida debe ser bella. Y debemos contribuir a realzar su belleza con la del champán rosado, así que es mejor no hacer preguntas... ¿no te parece? ¿Un cigarrillo?—ofrecióle una tabaquera.

—Gracias—aceptó Miguel, sen-

tándose de nuevo en el diván y presentándole la llama de su encendedor.

—Gracias,

Miguel se mordió los labios. Su fingida alegría había desaparecido. Esforzose en recobrarla, pero exclamó pensativo:

—Figúrate que he venido a pie hasta aquí... diez manzanas para... Y en su lugar acabo prometiendo no preguntar por qué no compareciste —la miró directamente—. Has supuesto a lo que venía... y la verdad es que esto no es justo.

Lo mismo opinaba Terry y así lo confirmó:

—Ya lo sé.

—No sé a qué será debido —protestó Miguel—, pero cuando estoy a tu lado, no... no... no... ¡Oh! ¿No llevas el anillo?

—No.

—Pues, cuando anoche te vi en el...

—¿Anoche en el teatro? —repitió Terry con voz gloriosa—. No, aquél era... no.

Tal tono tenía su negativa, tan apasionada fue la protesta que Miguel la reparó maravillado. Se puso en pie y dió valiones por la sala.

—No ha sido mi intención ofenderte.

La ausencia del símbolo le había hecho perder por completo el norte. ¿A qué tenía que achacar entonces la ausencia de Terry y su pasividad

en aquel momento? Presentía, por fin, que había otro factor en su tragedia distinto de la influencia de Kenneth, un factor oscuro y que no llegaría a conocer nunca. La tristeza había reemplazado a la excitación. Acomodóse en la silla que estaba junto al piano.

—¿Qué tal te van a ti las cosas, Miguel?—preguntó la joven, que ansiaba conocer su vida, puesto que de sus recuerdos se alimentaría en adelante.

—¡Ah! ¿Tú si puedes hacer preguntas?—protestó, desafiándola.

—Sí—repuso apaciblemente Terry y Miguel no se obstinó ya.

—Pues estaba encantado de la vida... hasta que te vi anoche. Entonces me di cuenta de que debía poner una barrera entre nosotros —juntó los dedos marcando una medida—... aunque sea la del Océano. Entonces fui y me compré un pasaje.

—¿Te vas?—demandó Terry con angustia.

—Sí. Esta noche. Es mejor. Bueno... Tú eres feliz, ¿verdad?

—Sí, y ¿tú?

Miguel era incapaz de estarse quieto. Encendió otro cigarrillo y habló a Terry sin mirarla, paseándose por delante del diván. Si hubiera visto los ojos de Terry y su brillo, no hubiera necesitado soportar la amargura de la próxima separación.

—Pues, yo no lo sé... Me preocupa el porvenir. Lo que la gente pueda pensar de mí. Dirán: "Ahí va el pintor loco". "No cabe duda de que algo debe haberle pasado, ya no le gustan las mujeres".

—¿Ni siquiera para hablarles?

—¡Oh, sí, sí! Vinja por los siete mares y a cada mujer que conoce, le pregunta: "¿Dónde podré hallarla dentro de seis meses?".

—¿Y ellas acuden?

—A todas partes. A la torre Eiffel, a las Pirámides, le esperan en todas partes.

—Pero, ¿él no acude... ¿Dónde está?

—Esperando—anuncia con tristeza, mirándola cara a cara por primera vez desde que había empezado a hablar.

Terry sintió una compasión inmensa. ¿Tenía derecho a imponerle aquel sacrificio? ¿No sería odiosamente egoísta? Se miró las manos para ocultar sus lágrimas. Miguel contempló su cabeza inclinada y preguntó:

—¿Quieres cambiar de conversación?

—Felices Pascuas—deseó Terry, después de carraspear.

—¡Oh, lo había olvidado! Bueno, quién había de pensar... hace seis meses que pasaríamos la Pascua juntos —recogió su abrigo y su sombrero y se acordó del paquete—.

Por cierto, que tengo un regalo para ti.

—Un rega... —empezó Terry—. ¡Oh, me gustaría haber comprado algo para ti!

—Pero tú no sabías que yo iba a... De todos modos, no se trata de un regalo de Navidad.

Desenvolvió el paquete y desdobló el chal de Janou ante la vista de Terry. Luego, con un ademán que tenía algo de reverencia piadosa, se lo ofreció. Sin decir nada, Terry se envolvió en él apretándolo contra su pecho.

—Con razón me devolvían las cartas que escribía.

La amarillenta alburá de los encajes contrastaba con la palidez de su faz. Miguel pensó en el cuadro que había pintado presintiendo aquella visión. Ya no tenía nada que hacer allí. Recogió de nuevo sus prendas y antes de asir el pomo de la puerta, habló:

—Ella quería regalártelo, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo—replicó apagadamente Terry, que estaba muy erguida en el diván. A Miguel se le antojó que el espíritu de su abuela había puesto una aureola alrededor de la joven.

—Yo pensé enviártelo en seguida, sólo que como no he sabido tu dirección hasta hoy... Bueno, adiós, Terry.

—Adiós, Miguel.

Abrió la puerta, pero una potencia invisible le paralizaba. Tornó a pensar en su cuadro; se le antojaba una crueldad inútil ocultar a Terry que había inspirado su mejor obra. Giró lentamente y se apoyó en la madera.

—Bueno... —dijo mecánicamente—. ¿Sabes que te he pintado así... con ese chal? Quisiera que lo hubieras visto... Courbet dice... Es mi vendedor... Dice que es el mejor cuadro que he pintado. Nunca creí poder separarme de él, pero ya no había razón para guardarlo por más tiempo. Courbet me dijo que había llegado a su tienda una muchacha. Que vio el cuadro y le gustó mucho... —tragó saliva y enmudeció.

Reparaba entonces en que Terry no se había movido del diván y en que sus piernas habían permanecido inmóviles. La inmovilidad era rara en Terry, siempre animada y llena de vida. Estaba muy pálida. Courbet le había dicho... Y a medida que fué explicando la forma en que efectuó el regalo, una luz creciente fué iluminando su cerebro...

—Supongo que vio en él... —se aproximó a Terry—. Lo que esperaba que tú vieras y entonces le dije que se lo regalase porque era pobre. Y no solamente eso, sino que además... Además... él...

Se separó de Terry. Courbet le había dado una descripción de la

muchacha, muy parecida a Terry. Pero allí no estaba su cuadro. Miró a Terry y ella contestó su mirada con espanto. Sin dejar de hablar, contempló las piernas envueltas, el chal, el diván, la faz de Terry; se apoyó en el respaldo del mueble...

—De todos modos, yo le dije que se lo regalase. Si... No podía comprarlo... Se acercaban las Navidades y... ya sabes que tengo un corazón muy sensible.

Terry observó que no sólo Miguel estaba tocando la verdad, sino que desde el lugar en que estaba debía ver el interior de su alcoba, que la casera había dejado abierta, como de costumbre. Miguel saltó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. ¡Vea la tela que había pintado en Madeira reflejada por un gran espejo!

—¿A qué hora dijiste que salía el barco?—preguntó Terry para distraerle.

—¿El barco?—murmuró maquinalmente.

Entró en la alcoba de Terry y en un segundo comprendió toda la verdad. Courbet había añadido que la joven era coja o parálitica, puesto que iba en un sillón de ruedas. ¡Allí estaba el cuadro! La enorme vergüenza que le dominó se esfumó ante la tristeza profunda del estado de Terry, para dar lugar a la in-

mensa alegría de haberla recobrado. ¡Pobre Terry! ¡Qué estúpido había sido! ¡Ni en mil años se concedería el perdón por su torpeza!

Apoyó su frente en la manta que cubría las maltratadas piernas de Terry y un sollozo brotado de sus mismas entrañas le sacudió. Tal era su dolor que no percibió el roce de las manos de Terry en sus cabellos.

—¿Por qué no me lo dijiste, Terry?

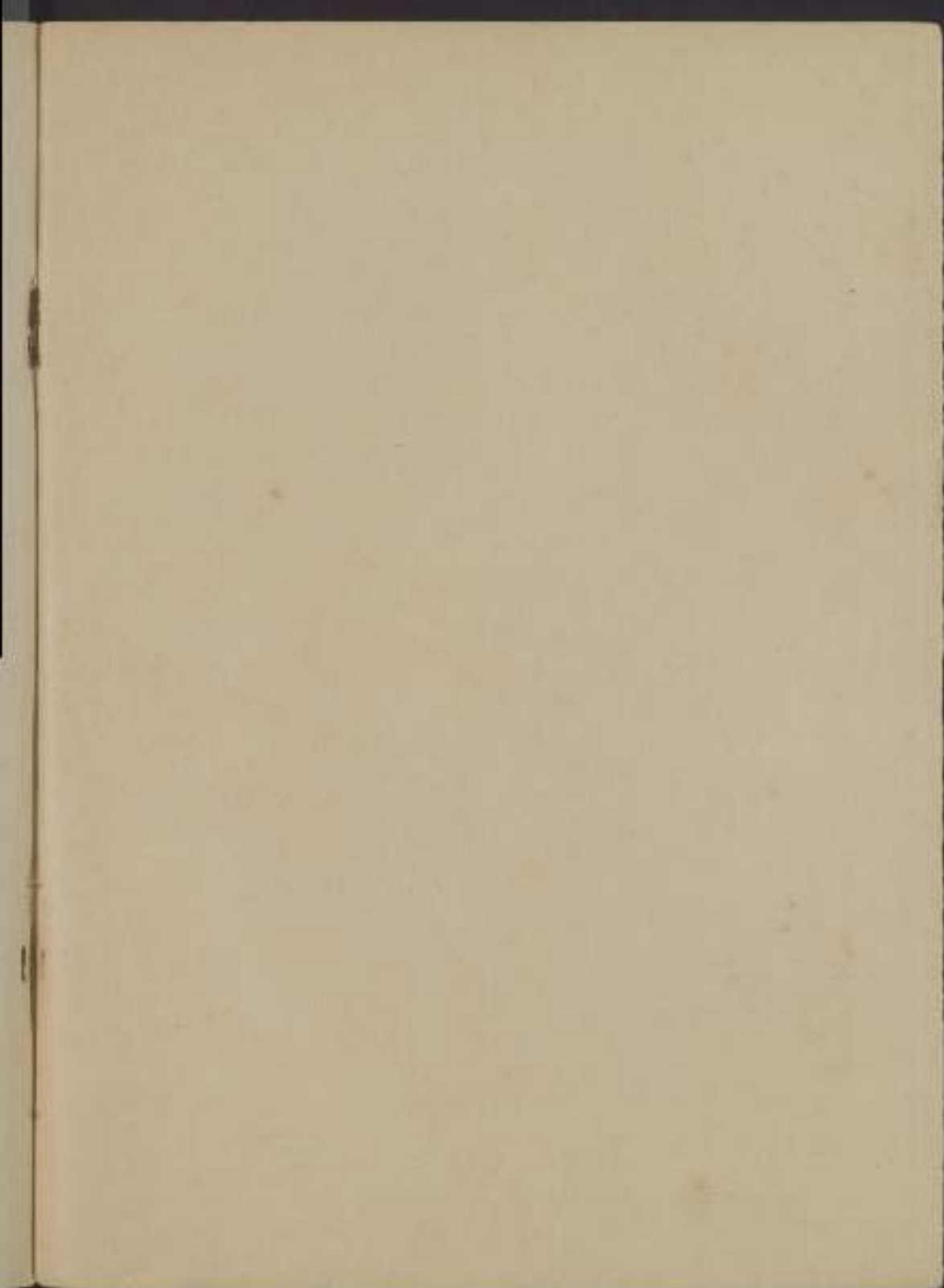
—Querido...—empezó a decir turbada la joven.

—Sí, tenía que pasarle algo a uno de los dos, ¿por qué tuvo que ocurrirte a ti?—pasó sus brazos por el talle de Terry.

Una inmensa le manada del puro manantial de su agradecimiento se destacó en la faz de Terry. Apoyó el rostro de su amado en su hombro y dijo:

—¡Oh, no me mires de ese modo! La culpa no fué de nadie sino mía. Estaba mirando... al piso ciento dos. Era lo más cerca del cielo que había... y tú... estabas allí. Si tú puedes pintar... yo ya puedo caminar. Todo tiene arreglo, ¿no te parece?

—Si deseas con toda la fuerza de tu imaginación, si deseas con todo el ardor de tu corazón y si perseveras en tu deseo con todo el anhelo necesario...".



NO DEJE DE LEER
las narraciones noveladas
de
dos grandes producciones



de próxima publicación

UN DIA DE NAVIDAD

por

KATHERINE HEPBURN y JOHN BARREYMORE



MAMA A LA FUERZA

por

GINGER ROGERS y DAVID NIVEN

Edicadas en la colección



Distribuidora: Sociedad General Española de Librería - Barbadá, 16 - Barcelona

EDICION - 1946 N.º 1